

8.1 La visión de la historia en Comte y el movimiento

Unidad 8

- Algunas Corrientes de la Filosofía Post-Hegeliana de la Historia

positivista

8.2 Marx y el materialismo histórico

8.3 Estudio de la historia en Tonybee

8.4 Los límites de la historia científica

8.5 Causalidad histórica

En este capítulo final deseo comentar brevemente tres escritores poshegelianos, cuyas teorías tienen cierta afinidad con las que acabamos de estudiar. Los escritores en cuestión son Auguste Comte, Karl Marx y Arnold Toynbee.

No pretendo que haya una relación muy estrecha entre los tres, y las secciones siguientes pueden, en consecuencia, parecer un tanto desconectadas. En ese caso el lector haría bien en tratarlas como lo que en efecto son: una serie de apéndices independientes a la segunda mitad de este libro.

1. COMTE Y EL MOVIMIENTO POSITIVISTA

Vimos en el capítulo 7 cómo creía Hegel que su filosofía ofrecía una síntesis del racionalismo abstracto —la actitud científica— de la Ilustración y las filosofías románticas del sentimiento que se desarrollaron en oposición con aquélla. El desplome de esa síntesis, que siguió en un tiempo notablemente corto a la muerte de Hegel en 1831, condujo a un renacimiento de la confianza del siglo XVIII en la omncompetencia de la ciencia, y en particular a una demanda renovada de la aplicación del método científico al estudio de los asuntos humanos. Con el título de positivismo fue presentada al mundo una nueva filosofía científica, cuya finalidad explícita era separar el verdadero conocimiento de la mera superstición y el ocioso trabajo conjetural, y ofrecer un medio de asentar sobre una sólida base científica materias consideradas hasta entonces del dominio de la especulación metafísica. El principal arquitecto de esta filosofía, que iba a ejercer considerable influencia sobre la historiografía del siglo XIX, fue el escritor francés Auguste Comte.

Los positivistas y los filósofos especulativos de la historia coincidían en el disgusto hacia la historia "empírica*" y en pedir que se diera "sentido" a sus fragmentarios e inconexos hechos. Diferían en que mientras que para un escritor como Hegel la pista de la historia se

hallaba en la dialéctica de la Idea, para los positivistas estaba en el descubrimiento de las leyes que gobiernan los cambios históricos, que se lograría mediante la elaboración de una ciencia nueva que Comte llamó "dinámica social". El método que debía seguirse para llegar a esos resultados era declaradamente empírico: estudiando diferentes situaciones históricas encontraríamos las leyes generales de que aquéllas son ejemplos. Pero el caso del mismo Comte ilustra bien cuánta teorización *a priori* se mezclaba con esa actitud empírica en las mentes de los primeros positivistas.

En 1822, cuando era un joven de veinticuatro años, Comte realizó un descubrimiento que le pareció llamado a formar época, y según el cual la mente humana, en su reflexión sobre los fenómenos, pasa de un modo natural por tres etapas principales. En la primera etapa, o etapa "teológica", explica los acontecimientos atribuyéndolos a espíritus que los dirigen o a un solo espíritu director. En la segunda etapa, o etapa "metafísica", sustituye esos espíritus por fuerzas abstractas, como la fuerza de la gravedad, y sustituye a Dios con una Naturaleza impersonal. En la tercera etapa, o etapa "positiva" o "científica", se abandonan esas ficciones y los hombres se contentan con registrar los fenómenos a medida que ocurren y con formular las leyes de su conjunción.

A esta Ley de las Tres Etapas, como se la llamó, recurrió Comte cuando quiso "dar sentido" a los hechos de la historia. La historia — pensaba— es inteligible porque en ella encontramos la Ley de las Tres Etapas en términos generales.

En consecuencia, hallamos a Comte presentando la historia de la humanidad (o más bien la de Europa) como un avance en el que pueden distinguirse claramente las tres etapas. Viene primero un largo período teológico que abarca, además del salvajismo primitivo, las civilizaciones de Grecia y Roma y de la Edad Media, señalado por una transición gradual del fetichismo (animismo) al monoteísmo a través del politeísmo. Después, con el Renacimiento, el nacimiento de la

ciencia y el desarrollo de la industria, siguió la etapa metafísica: un período de crítica y de pensamiento negativo, caracterizado por la caída de las viejas instituciones y que culminó en la Revolución francesa. Finalmente, pasamos a la era positivista, sólo parcialmente realizada, que resucitará muchos de los rasgos del cristianismo medieval, con las importantes diferencias de que descansará sobre la ciencia, no sobre la superstición, y que su pontífice no será un papa, sin Auguste Comte.

Tales ideas no reclaman un comentario extenso. Basta observar que para Comte el curso de la historia está determinado por consideraciones extrahistóricas tanto por lo menos como para Hegel. A los hechos se les ajusta por la fuerza a una trama rígida que no es menos objetable porque se la llame científica y no metafísica, y que sin dificultad puede verse que fue construida para acomodarse a los prejuicios personales de Comte. Todo ello no puede tener más atractivo para los historiadores que las filosofías especulativas de la historia riel tipo más metafísico.

A pesar de eso, el movimiento positivista tuvo, como ya muidnos, considerable influencia sobre el desarrollo de los estudios históricos durante el siglo XIX, aunque en una dirección que recurrió poco a su fundador, fue el impulso que dio al examen de los registros o documentos históricos y a la acumulación de datos lo que constituyó el rasgo más destacado de la historiografía del siglo XIX. Impresionados por el ideal positivista de hacer científica la historia, los historiadores dieron con entusiasmo el que se creía primer paso hacia su consecución, a saber, la exacta averiguación de lo que sucedió, y esto dio por resultado la acumulación de ricas colecciones de fuentes (por ejemplo, las colecciones de inscripciones latinas y griegas), de textos originales editados críticamente y de otros datos básicos que fueron de inmenso valor para sus sucesores. Desgraciadamente para los positivistas, el resto de su programa, deducir de los hechos las leyes generales que gobiernan los cambios

sociales, tuvo poco o ningún atractivo para los historiadores, que hasta hoy siguieron encerrados en sus propias investigaciones.¹

El movimiento positivista en historia fue, como observó Croce, el complemento del movimiento metafísico. En ambos casos se encuentra en su base algo sólido: el impulso de ir más allá de la escueta narración “anticientífica” de hechos particulares, hasta una exposición conexas e inteligible de ellos, fue un impulso perfectamente saludable. Y no estaban equivocados los positivistas, como dijimos arriba, en buscar la conexión de la comprensión de la historia con una materia más amplia: la comprensión de la naturaleza humana en general. Donde anduvieron equivocados fue, en primer lugar, en subestimar toscamente las dificultades de asentar el estudio de la naturaleza humana sobre una base científica; en segundo lugar, en tener una visión excesivamente simplista de su conexión con otras disciplinas; y en tercer lugar, en creer que conseguirían que los historiadores renunciarían a sus propias investigaciones y se convertirían en científicos sociales. Y cometieron este último error porque, como los metafísicos, no advirtieron que la historia es una disciplina autónoma, que sin duda tiene sus relaciones con otras ramas del saber, pero que no por eso puede resolverse en cualquiera de ellas.

2. MARX Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Si el nombre de Comte está ahora muy olvidado, el de Marx suscita pasiones en todas partes. Vehemente partidario por una parte y violenta antipatía por otra, nos impiden hacer una serena valoración de sus opiniones, tarea que en todo caso está lejos de ser fácil a causa del carácter antisistemático de los escritos de Marx y de que su finalidad no fue tanto producir una teoría intelectual mente impermeable como proporcionar una base eficaz para la acción política. Sólo

¹ El profesor Toynbee también aquí constituye una excepción: véase *infra* apartado 3.

accidentalmente fue Marx filósofo en el sentido en que, por ejemplo, lo fueron Kant y Hegel. Pero sus opiniones constituyen un reto intelectual tanto como moral, y sin duda no podía dejar de mencionársele en una obra como ésta.

Pero aquí no me propongo intentar nada parecido a una exposición y una crítica completas de la teoría de la historia de Marx. Sólo trataré de especificar sus relaciones con otras opiniones corrientes en su tiempo, y examinar el carácter general de sus asertos, con objeto de demostrar que los filósofos no pueden pronunciar una sentencia final a favor o en contra de ellos.

Todo estudio de Marx, por breve que sea, debe empezar por examinar su relación con Hegel. Marx nació en 1818, cuando Hegel estaba en el apogeo de sus facultades, y entró en la Universidad de Berlín en 1835, cuando aún ardían con furor las controversias sobre los méritos de la filosofía hegeliana. Y aunque después se apartó mucho del punto de vista hegeliano, la verdad es que ciertos elementos del hegelianismo ejercieron influencia permanente sobre su pensamiento, que no puede entenderse sin referencia a ellos.

Mencionaremos dos teorías hegelianas que son de es pedal importancia para la teoría de la historia de Marx. En primer lugar, la dialéctica. Aquí necesitamos hacer una distinción. Marx se opuso desde el principio al carácter idealista o (si se prefiere la palabra) racionalista de la metafísica hegeliana, es decir, a la opinión según la cual el universo es, propiamente hablando, la autoexpresión del Espíritu. Esta idea le pareció totalmente inadmisibile: Hegel —dijo— invirtió exactamente el verdadero estado de cosas, porque (como demostraba la ciencia) la materia precede al espíritu, no el espíritu a la materia/ Pero este rechazo de la prioridad del espíritu *no* fue acompañado (aunque debió serlo) del rechazo de la dialéctica: Marx insistió en la dialéctica tanto como Hegel. La realidad no podía ser la autoexpresión del Espíritu, pero podían advertirse por todas partes en los hechos relaciones de tipo dialéctico. La dialéctica era importante

no porque respondiese a la naturaleza del pensamiento, sino porque respondía a la naturaleza de las cosas.

En segundo lugar, Marx tomó de Hegel la opinión de que los diferentes aspectos de la vida de una sociedad en cualquier momento están orgánicamente relacionados, aunque le dio un sesgo propio. Hegel, como vimos, se mostró anhelante de sostener que había una acción recíproca constante entre la vida económica, política y cultural de una nación en cualquier momento, y explicaba esa acción recíproca postulando un espíritu o genio nacional que se expresaba en esos diferentes campos. Aquí también adoptó Marx la conclusión de Hegel sin aceptar sus premisas. Las conexiones orgánicas de que habló Hegel eran, en su opinión, reales, pero no necesitó invocar los misterios de un espíritu nacional para explicarlas. Se explicaban de manera mucho más convincente si advertíamos que un aspecto de la vida social, a saber, el aspecto económico, era tan importante que tendía a reflejarse en todo el resto, de suerte que todos los estados de cosas deben entenderse finalmente en términos económicos.

Estas dos teorías hegelianas, interpretadas como Marx las interpretó, constituyen lo esencial de la teoría marxista de la historia. Para hacer un análisis instructivo de la situación en un campo dado de la vida social en cualquier momento tenemos que referirnos a las condiciones económicas existentes en la sociedad; y para comprender por qué esas condiciones son lo que son debemos tener en cuenta su desarrollo dialéctico, veamos que ver cómo la organización económica o estructura de clases de una sociedad se produce como respuesta a la necesidad de resolver cierto problema de producción, planteado a su vez por el estado de las fuerzas de producción de que dispone la sociedad, y observar cómo el desarrollo de las fuerzas de producción hacen anticuada la organización económica existente —las “relaciones de producción”*, dando así origen a la necesidad de un cambio social fundamental.

Podemos, si nos place, representarnos la filosofía de la historia de

Marx como una versión enmendada de la de Hegel, y por cierto que las dos tienen manifiestamente mucho en común. Hegel había representado la historia como una marcha dialéctica hacia la realización de la libertad, y sostenido que se había realizado en cierta medida en la civilización occidental de su tiempo. En esa marcha ocupan sucesivamente el primer plano diferentes naciones, cada una de las cuales hace su aportación al objetivo definitivo. Marx también consideró la historia como una marcha dialéctica hacia una meta moralmente deseable, la sociedad comunista sin clases, que en realidad sería una sociedad verdaderamente libre; aunque puso el logro de ese feliz estado de cosas no en el presente, sino en un futuro no muy lejano. Y los principales actores del drama de la historia en su opinión no eran los pueblos ni las naciones, sino las clases económicas, aunque aquí también cada una de ellas tuviese su aportación especial que hacer.

Según esta interpretación Marx es en gran parte producto de su tiempo, inspirado por el apremio de la época a “dar sentido” a la historia, y dominado por las preocupaciones éticas que dieron origen a las filosofías especulativas que hemos examinado. Espero haber demostrado que no es ésta una interpretación totalmente falsa: hay, en esta materia, verdadera continuidad entre Marx y sus antecesores. No por eso deja de ser muy engañosa si se la presenta como algo parecido a una exposición completa del asunto.

Porque si Marx es sin duda un secuaz de Hegel en aspectos importantes, también tiene mucho en común con una tradición intelectual muy diferente. Me refiero a la tradición científica de los enciclopedistas del siglo XVIII, representados en los asuntos prácticos por los benthamianos, y en la esfera de la teoría por Comte y los positivistas. Marx sólo sentía desprecio por uno y otro grupo, pero no debe permitirse que esto enmascare sus afinidades (no digo su deuda) con ellos. Como Comte, Marx esperaba asentar el estudio de la historia sobre una base científica, lo cual para él significa también

explicar los fenómenos históricos de otro modo que las explicaciones místicas y metafísicas. Y se mostraba ansioso de hacerlo porque, como Bentham, estaba dominado por la pasión de la reforma práctica, encamada en su famoso comentario (que olvida a Bentham cómodamente) según el cual "los filósofos anteriores trataron sólo de comprender el mundo, pero lo importante es cambiarlo".

Estas consideraciones sugieren otra manera de ver la teoría de la historia de Marx. En vez de considerarla otra filosofía más d» tipo especulativo, en la que se intenta hallar unidad e inteligibilidad en los procesos históricos en general, podemos tratarla más bien como una teoría de la interpretación histórica, interesada en la dilucidación de situaciones particulares. Según esta opinión se la puede representar recomendando a los historiadores un modo de tratar los acontecimientos que puedan ser llamados a explicar. "Para comprender todo proceso de cambio en la historia —podemos imaginamos a Marx diciendo— no perdáis de vista el fondo económico sobre el cual tiene lugar el cambio, y analizad dicho fondo mediante los conceptos que mi teoría proporciona. Sólo así será inteligible el proceso, porque sólo así llegaréis a las cuestiones fundamentales."

Esta interpretación de la teoría sin duda corresponde a la actitud del propio Marx. Siendo sus intereses abrumadoramente prácticos, necesitaba la teoría no tanto por su contenido especulativo cuanto por sus propiedades proféticas. Marx quería abrirse camino a través de la espesura de los acontecimientos contemporáneos, para dar sentido no a la historia en general, sino a lo que había sucedido en su tiempo y en el pasado relativamente próximo. Que la teoría valiese para el período de la historia europea moderna desde la aparición del capitalismo en adelante era para él infinitamente más importante que el que resultara difícil de aplicar a tiempos y pueblos remotos. Si alguien hubiera demostrado que *no* podía aplicarse a un período remoto, Marx, que tenía una poderosa vena especulativa, sin duda se habría resentido;

pero lo mismo habría aceptado la cuestión con ecuanimidad si no fuera amenazada la eficacia de su teoría para la historia reciente.

Puede añadirse que el interés que muestran por el marxismo los historiadores debe ponerse también en relación con la utilidad de la teoría como guía para la interpretación de situaciones históricas particulares, como una especie de receta para producir "hipótesis empíricas. A diferencia de sus predecesores, Marx produjo algo que, según las declaraciones de su autor, podía aprovecharse en el trabajo histórico real; y esas declaraciones no eran, evidentemente, totalmente falsas. De ahí que la actitud del historiador ordinario hacia la teoría marxista, cualquiera que sea la opinión sobre su validez definitiva, haya sido completamente distinta de la actitud correspondiente hacia los escritores que hemos estudiado; y la razón es que la teoría de Marx tiene este lado empírico, mientras que las de aquéllos no lo tienen.³

Tenemos que preguntarnos ahora qué luz puede esperarse que proyecten los filósofos sobre la verdad o la falsedad de las opiniones de Marx. No quiero negar que meden hacer algunos comentarios útiles sobre ellas. Pues, después de todo, Marx cree, según la interpretación que hemos expuesto, que hace una recomendación *razonada* a los historiadores; según sus propias palabras, su teoría se diferencia de otras opiniones del mismo tipo general (por ejemplo, otras versiones de materialismo histórico) en que tiene una base "científica". Y esta base científica ciertamente merece ser examinada filosóficamente, porque de algún modo está claro el carácter exacto de las proporciones que la forman.

A modo de ejemplo, pensemos brevemente en la función de la dialéctica en la exposición de Marx. Hemos visto cómo aceptaba Marx la dialéctica hegeliana aunque rechazaba los argumentos filosóficos con que la había apoyado Hegel. Que el pensamiento debía avanzar didácticamente descansaba, en su opinión, sobre el hecho que hay conexiones dialécticas entre las cosas; y que había esas

conexiones, y que eran realmente ubicuas, lo impresionaba como un hecho evidente. Pero debemos preguntarnos qué es lo que todo esto implica para la base lógica de la teoría de Marx. ¿Cuál es la importancia en la exposición de Marx de la proposición según la cual todas las cosas están dialécticamente conectadas? Hegel pudo sostener que era una verdad necesaria, demostrable por la razón, puesto que creía que los hechos reflejan el carácter dialéctico del pensamiento, el cual a su vez está garantizado por la penetración de la razón en su misma naturaleza. Pero Marx, que había abandonado las doctrinas idealistas, no podía sostener tal cosa. Todo lo que podía decir para ser consecuente consigo mismo es que sabemos por experiencia que las cosas están dialécticamente relacionadas, es decir, que la proposición en cuestión es una verdad empírica. Pero tener que admitir esto *ES* para él embarazoso, ya que deja abierta la posibilidad ;!c que las situaciones sean tales que no se les pueda aplicar el esquema dialéctico, cuando toda su actitud % base en la exclusión de esa posibilidad.

Quizá basten estas observaciones para revelar una ambigüedad importante en la teoría marxista. La dialéctica, según hemos visto, es un componente vital de esa teoría. Todo marxista a quien se le pida que defienda su enfoque de la historia volverá a ella más tarde o más temprano. Pero se plantea la cuestión de saber si soportará el peso que Marx puso sobre ella. Si descansa por completo sobre la experiencia del pasado, indudablemente no: por bien fundada que esté la generalización de que las cosas están dialécticamente conectadas, tal generalización no puede considerarse indiscutiblemente válida para toda experiencia futura. Y si Marx dice que es una proposición *a priori*, y no una verdad empírica, tiene que intentar su justificación filosófica, cosa que no hace en absoluto.

Hay otros elementos en la teoría marxista a los que los filósofos podrían prestar atención provechosamente: el sentido en que se supone que "se desarrollan" las fuerzas de producción (materia de

suma importancia para Marx) es un ejemplo, y aquel en que se afirma que los diferentes aspectos de la vida social forman un todo orgánico no obstante el arrollador predominio de un solo componente es otro ejemplo. Creo que es posible demostrar que Marx encuentra dificultades, o-por lo menos que no es claro en ninguno de estos dos puntos, aunque no me propongo intentarlo aquí.

Pero sigue siendo cierto que cualquiera que sea el daño que la crítica filosófica pueda hacer a la teoría marxista, no puede abatirla por completo. No es difícil ver la razón de esto. La teoría (por lo menos en nuestra interpretación de ella) recomienda a los historiadores un procedimiento para tratar situaciones empíricas; y la prueba decisiva de tal procedimiento consiste en que realmente sea fructífero. Esto es algo sobre lo cual no puede formularse un juicio *a priori*: sólo puede decidirse siguiendo realmente la recomendación y viendo lo que ocurre. De ahí que la decisión final a favor o en contra del enfoque marxista de la historia incumba a los historiadores que procuran seguirla. Podemos preguntarles si resulta un enfoque esclarecedor, si sus recomendaciones son bastante específicas para ser útiles, si pueden resolverse satisfactoriamente ciertas cosas manifiestamente inadmisibles (las dificultades acerca de los grandes hombres, del sentimiento nacional, etc.). Pero ésas son cuestiones que los no historiadores no pueden esperar resolver por sí mismos. En última instancia, la prueba del budín marxista está en comerlo, y no es a los filósofos a quienes Marx invita a probar su plato.

Por esta razón dije en mi capítulo introductorio que la principal aportación que Marx hizo a la comprensión de la historia podía no haber sido una aportación a la filosofía de la historia propiamente hablando. La teoría de Marx sin duda contiene supuestos que los filósofos pueden examinar útilmente; sería verdaderamente extraño que no fuese así cuando recordamos el tiempo en que vivió y el fondo sobre el cual escribió. Pero aun cuando pudiera demostrarse que estaba equivocado al hacer cada uno de dichos supuestos, eso no

destruiría la validez de la teoría; no haría más que desautorizar las razones que Marx dio a favor de ellos. Después de todo, podría ocurrir que las causas económicas fueran fundamentales para la comprensión de todas las situaciones históricas aun cuando fuera falso todo lo que Marx alegara en apoyo de esa opinión.

3. ESTUDIO DE LA HISTORIA DE TOYNBEE

Queda por decir algo acerca de un escritor moderno sobre la historia universal cuya obra ha sido objeto de gran interés y controversias. Me refiero al profesor A. J. Toynbee, cuyo *Study of History*, en diez volúmenes, comenzó a aparecer en 1934 y quedó terminado veinte años más tarde.⁴

La primera dificultad que presenta Toynbee es saber cómo tomar su obra. Originariamente, pareció pensar sólo en un estudio comparado del nacimiento, desarrollo y decadencia de las civilizaciones. Empezó sosteniendo que una civilización es la única unidad inteligible del estudio histórico, distinguió veintiuna civilizaciones pasadas y presentes, y procedió a aislar los que consideró rasgos recurrentes de sus historias. Su actitud en esto fue, según su propia declaración, estrictamente empírica; deseaba, en este particular, oponerse al escritor alemán Oswald Spengler, cuya *Decadencia de Occidente* (1918), aunque evidentemente análoga en sus propósitos, le pareció la obra de un "filósofo-hierofante". Pero no tardó en verse que la concepción que Toynbee tenía de los métodos empíricos era un tanto idiosincrásica. Tenía, indudablemente, un conocimiento extenso, en realidad enciclopédico, de los hechos históricos, y se mostraba ansioso de aducir constantemente pruebas en apoyo de sus teorías. Pero las sustentaba con un convencimiento que difícilmente podía ser desapasionado (su obra tuvo desde el principio un aire intensamente personal), y ya en el primer volumen las apoyó con referencias a ideas mitológicas y poéticas que hacían sentirse incómodos a investigadores más serenos. Y sus detalladas interpretaciones' de situaciones históri-

cas particulares no siempre hallaron favor en los expertos en esos campos; solía decirse que, eh' mayor o menor medida, había falseado los hechos para ajustarlos a sus teorías. Si el *Study* de Toynbee fue, pues, concebido originariamente sobre lineamientos que recuerdan las aspiraciones de Comte, ciertamente no fue realizado de una manera rectamente científica.

Decir esto no es condenar necesariamente y sin remisión a Toynbee, pues hubo otros escritores en este campo cuyos procedimientos fueron individuales pero que no por eso dejaron de lograr resultados sorprendentes. Uno de ellos es el mismo Spengler, cuyo estudio, sumamente impresionante, aunque lo perjudica el ser excesivamente esquemático y no atender al detalle histórico, aún encuentra muchos lectores; otro es el filósofo italiano de principios del siglo xvm, Giambattista Vico. Toynbee se parece a Vico en algunos aspectos importantes:⁸ en querer descubrir la que Vico llama una "historia humana ideal", especie de ciclo vital por el cual tienen que pasar todas las civilizaciones avanzadas; en abordar su problema meditando minuciosamente sobre un solo caso, la historia del antiguo mundo clásico, y, finalmente, en confiar en el arriesgado argumento analógico y en fuentes que no merecen mucha consideración de investigadores más tradicionales, para apoyar sus altamente imaginativas conclusiones. Personalmente, dudo mucho que Toynbee tenga algo que se parezca al genio de Vico, pero el caso de Vico demuestra por lo menos que para tratar una materia tan amplia y tan amorfa, la fuerza de penetración y la fertilidad pueden ser factores más importantes que la simple exactitud científica. Si Toynbee toma a veces erróneamente sus hechos, no debemos insistir en ello demasiado pedantescamente, „pues en esa esfera, por lo menos, un individuo puede equivocarse en el detalle y acertar en lo esencial.

Tenga o no éxito esa defensa, es evidente que Toynbee no podía confiar en ella exclusivamente. Digo esto a causa del notable cambio

del interés del autor que se hizo manifiesto en los últimos tomos de su obra. Al principio, como ya dije, su enfoque fue, en general, el de un sociólogo; parecía emprender una investigación ² empírica sobre los factores que gobiernan el nacimiento y decadencia de las civilizaciones. Pero en los últimos tomos el papel que se asignó a sí mismo es muchísimo más el de profeta. Aquí, en realidad, lo hallamos meditando sobre el sentido de la historia de un modo que se parece mucho al de los filósofos especulativos de la historia³ cuyas obras analizamos arriba: como ellos, la cuestión que plantea es si la historia en su conjunto tiene sentido, y como ellos supone que sólo puede darse una respuesta afirmativa a esa pregunta si hay buenas razones para suponer que la historia avanza hacia una meta moralmente satisfactoria. Toynbee se persuadió ¿de que puede dar esa respuesta porque cree que descubrió la *raison d'être*, para usar su misma expresión, que está detrás de los muchos desastres que sufrieron los hombres civilizados del pasado: la finalidad de esas catástrofes fue, manifiestamente, preparar la síntesis de las cuatro “religiones superiores”, síntesis que aún aguarda en el futuro, pero en previsión de la cual Toynbee compuso, en las últimas páginas de su *Study*,¹ algunos modelos de plegarias.

Al pasar así de la sociología a la metafísica, Toynbee no está» solo de ningún modo entre quienes se interesaron por normas y leyes en la historia. Vico hizo la misma transición cuando quiso conciliar su doctrina de los ciclos recurrentes con la creencia cristiana ortodoxa en la Providencia; Herder (a quien Toynbee recuerda también en otros respectos, por ejemplo en la predilección por comprender los procesos

² Pero, cosa bastante extraña, no lo menciona en *A Study of History*. [Vico es citado varias veces en el vol. xu, acerca del cual véase la nota anterior.]

³ Pero, cosa bastante extraña, no lo menciona en *A Study of History*. [Vico es citado varias veces en el vol. xu, acerca del cual véase la nota anterior.]

históricos en términos tomados de la biología), cuyo pensamiento tiene también una faceta semicientífica y otra más francamente especulativa. Quizá no' es del todo sorprendente que quienes pescan en esas aguas salgan con algunas presas extrañas. Lo sorprendente es que un pescador moderno conozca tan poco las experiencias de sus predecesores y sea tan lastimosamente inconsciente del carácter distinto, para no hablar de las dificultades, de lo que intenta. Cualquiera esperanza que Toynbee tenga de persuadirnos de que está presentando nuevas verdades importantes al final de su obra monumental tiene que descansar sobre un claro reconocimiento del carácter de lo que allí se afirma; pero, a pesar de las numerosas críticas, Toynbee sigue aparentemente ignorando por completo este punto.

Su confusión es, realmente, peor de lo que se ha dicho hasta ahora, pues no sólo parece no ver ninguna diferencia entre descubrir normas en la historia y planear el curso general de la historia: identifica las dos cosas con hacer historia *sans phrase*. El autor de *A Study of History* se presenta persistentemente a su público como un *historiador*, un simple estudioso del pasado que mira lo que ocurrió y consigna hechos evidentes. Pero en realidad ninguna descripción podría ser menos apropiada. Toynbee no fue un historiador al principio de su obra, en que trató de descubrir las leyes que gobiernan los cambios históricos, porque su interés entonces no era por los acontecimientos particulares sino por las normas repetidas. Investigar leyes históricas no es lo mismo que hacer historia en el sentido ordinario, sino que más bien la presupone: si no existe primero la historia ordinaria, no puede emprenderse dicha investigación. Toynbee quizá no advierte este punto extremadamente claro porque hay campos, como la historia de Esparta, a los que él mismo hizo aportaciones históricas; pero resulta más transparente que el cristal cuando observamos, pongamos por caso, su tratamiento de las civilizaciones de la América Central y del Sur, donde se hace patente su dependencia de los resultados establecidos por estudiosos de

primera mano de esas culturas. Ni las cuestiones que Toynbee plantea al final de su libro son cuestiones históricas propiamente dichas. Es cierto que aquí se interesa por el curso de los acontecimientos individuales, pero no como se interesan los historiadores. Estos últimos se limitan al descubrimiento y comprensión de lo que ocurrió en el pasado; y cuando se proponen "dar sentido" a algo, se trata de una serie de acontecimientos limitada en el espacio y en el tiempo y ahora pasada y concluida. Toynbee, por el contrario, no sólo considera dominio suyo toda la historia, extiende su investigación desde el pasado hasta el futuro y pretende dar su fallo sobre "las expectativas de la civilización occidental". Sin duda es esto lo que tanto atrajo la atención hacia el libro de Toynbee, con pesar de los verdaderos historiadores cuyos lectores se preguntan por qué sus obras no pueden tener las mismas cualidades incitantes; pero esto es también resultado de la confusión, y no una razón para desdeñarlas.

No sólo no es Toynbee un historiador en el *Study*; tiene mucho que ganar con reconocer este hecho, porque muchos de los denuestos lanzados contra el libro procedían de críticos con mentalidad histórica que veían tan poco claro como el mismo Toynbee lo que éste intentaba. Por qué, entonces, se resiste tanto a renunciar a su descripción como historiador? Quizá esté la respuesta en la exposición autobiográfica de la génesis de su libro que Toynbee insertó en el tomo x (especialmente pp. 91-8). De aquí resultar claro no sólo que Toynbee se ve a sí mismo repitiendo en cierto modo la obra de Gibbon, sino también que su intención originaria consistía sólo en escribir una historia comparada de la decadencia de las civilizaciones grecorromana y occidental. Indudablemente su horizonte empezó a ensancharse rápidamente al realizar el proyecto: desde esta "visión de la historia originariamente binocular"¹ pasó velozmente a una visión claramente multiocular, con el resultado de que antes de que pasara mucho tiempo estaba escribiendo no sólo la decadencia y caída del Imperio romano, sino la decadencia y caída de todo imperio bajo el

sol, con explicaciones de su nacimiento añadidas ⁴ como propina. Ahí se salió, como dijimos arriba, del campo de toda clase de historia: había cambiado el manto de Gibbon por el de Comte. Pero el hecho de que la transición se realizó en etapas, y que la cuestión de las verdaderas causas de la caída del antiguo mundo clásico siguiera siendo una de sus principales preocupaciones, sirvieron, hasta ahora al menos, para ocultar su existencia a este por lo demás agudo “posmoderno estudioso occidental de la historia”.

¿Leerá alguien *A Study of History* dentro de cincuenta años? El libro es en tan alto grado un producto de las no siempre interesantes opiniones y prejuicios de su autor, y está, en sus últimas partes por lo menos, tan extraordinariamente mal escrito, que dudo que alguien lo haga. En este respecto parece como si Toynbee compartiera el destino de Herbert Spencer, otro filósofo sintético de grandes pretensiones. Pero aun así sus ideas pueden tener su efecto. Si esta detallada aportación al estudio comparado de las civilizaciones resulta al fin no ser de gran importancia —como han señalado los críticos, muchas de sus principales ideas, como las de reto y respuesta, retirada y vuelta, son desalentadoramente imprecisas— eso no borraré la hazaña de haber esbozado la idea y dado los pasos iniciales para realizarla. Toynbee indudablemente tiene de iniciador menos de lo que él parece imaginarse, pero de todos modos hay que reconocerle el mérito de haber abierto caminos. En cualquier caso, es muy probable, en mi opinión, que sus resultados aquí vengan a ser más considerables que todo lo que realizó como filósofo especulativo de la historia, donde las ventajas de su viva imaginación escasamente pueden compensar la desventaja de un intelecto singularmente confuso. Pero su principal servicio quizá sea la historia misma, en cuanto puede esperarse de esta

4 Esto explica poi qué MI olna no limo nada oue ver con las cuestiones concernientes a las relaciones; de la historia y de las ciencias planteadas supui, capítulos 2 y V

obra que destruya el localismo de los historiadores profesionales llamando la atención hacia todas las materias de estudio que suelen ignorarse. Dígase lo que se quiera de Toynbee, por lo menos piensa en el pasado como algo verdaderamente digno de ser conocido, no meramente como una fuente de material sobre el cual ejercitar una serie de destrezas técnicas. Los historiadores profesionales tienen con frecuencia razón en criticarlo, pero muchos de ellos podrían hacerlo con algo de su amplitud mental.

Me propongo estudiar aquí la vieja cuestión relativa a si la historia es, o puede ser, una ciencia. Es éste un asunto sobre el que se ha escrito mucho, pero acerca del cual persiste, me parece, mucha confusión. Lo abordaré ahora comentando ciertos aspectos de la controversia que tuvo lugar entre los historiadores de Cambridge J. B. Bury y G. M. Trevelyan en los primeros años del presente siglo. Elijo esta exposición de las cuestiones, a pesar de su relativa antigüedad, porque me parece que en ella se destacan con bastante claridad los principales puntos a resolver. También creo importante que los historiadores vean que los problemas implicados no son invención de filósofos entrometidos, sino que nacen de manera natural de la reflexión inteligente sobre su materia, Y si algún historiador desea asegurarme que la historia ha avanzado desde 1903, lo admitiré, pero solicitaré licencia para dudar que la distancia recorrida sea suficiente para invalidar la controversia Bury-Trevelyan. Una ojeada a la conferencia inaugural del profesor Trevor- Roper, *History, Professional and Lay* (Oxford, 1958), indicará con certeza que no lo está.⁵

⁵ Para los puntos de vista de Bury, véase "The Science of History", publicada en *Selected Essays* (1927). La respuesta de Trevelyan, "Clio, a Muse", se publicó primero en *Independent Review*, en diciembre de 1903. Deseo aclarar que analizo sólo los puntos de vista de estos autores que están incluidos en las obras citadas.

Empezaré, pues, preguntando qué quiso decir Bury con su famosa declaración de que “la historia es una ciencia nada menos ni nada más”. Doy por sentado que está claro que Bury no tuvo la intención de sostener que la historia termina, o podría terminar, en conclusiones generales, y aquí dejo a un lado esa posibilidad. Las principales cuestiones que tenía presente me parecen las siguientes. En primer lugar, que gracias a los enormes progresos realizados en las tres generaciones que precedieron a la suya en las técnicas para encontrar y utilizar testimonios históricos, los historiadores estuvieron por lo menos en situación de pretender jerarquía científica para sus resultados, es decir, pretender estar capacitados para hacer definitivamente enunciados verdaderos acerca del pasado. Y en segundo lugar, que cuando ha llegado a resultados de ese tipo, el historiador ha terminado su tarea: le interesaba la verdad, y nada más que la verdad. El primer punto explica por qué Bury dijo que la historia es “nada menos” que una ciencia, y el segundo por qué añadió que es “nada más” que una ciencia. Como deja ver muy claramente el contexto, Bury protestaba allí contra el supuesto, que atribuía a los grandes historiadores aficionados del pasado, de que la historia debía ser algo más que una exposición escueta de lo que verdaderamente ocurrió; debía ser, si no exactamente una meditación filosófica sobre el sentido de los acontecimientos en cuestión, por lo menos una exposición dramática y literaria de los mismos, en que las cualidades y el punto de vista personales del historiador se hicieran evidentes. Contra esto quiso decir Bury que había llegado el momento de separar la historia de la literatura y hacerla independiente de la personalidad del historiador. El cometido de la historia era únicamente descubrir la verdad, y el descubrimiento de la verdad era una empresa que podía realizarse mejor cooperativamente, en historia como en otras ciencias.

Al exponer estas cuestiones Bury confiaba primordialmente en un argumento de hecho. Se daba el caso precisamente de que en la segunda mitad del siglo xn los estudios históricos se habían

transformado, y la historia pasó de ser asunto de aficionados a ser una disciplina profesional con exigentes normas propias. Al convertirse en una materia universitaria o académica (aunque Bury no insistió en este aspecto del asunto), la historia había cambiado de categoría, de manera muy parecida a como cambió la arqueología en el curso del presente siglo. Ya no era cuestión de trabajo conjetural, sino un campo en el que diariamente se llegaba a conocimientos seguros. Pero con todo este optimismo, Bury no se hacía ilusiones sobre el carácter incompleto de la revolución que proclamaba. Aun en Alemania, su cuna, la revolución estaba lejos de haberse completado, como lo revelaba la existencia de diversas escuelas de historiadores. Y aunque podía ser cierto que los historiadores habían dado el paso sumamente importante de comprender que debemos ver todos los períodos del pasado *sub specie perennitatis*, abandonando así el provincianismo del punto de vista que había dañado la obra de sus predecesores, aún estaban lejos, indudablemente, de trazar de común acuerdo el cuadro de los acontecimientos pasados que, según la opinión de Bury sobre esta materia, debía ser su meta final. Realmente, el mismo Bury habló de la situación tal como la veía con profunda modestia: lo mejor que podía ofrecer a sus compañeros de trabajo en el campo de la erudición histórica era que procediesen con "paciente laboriosidad" y "microscópica investigación", como un acto de fe: "con la fe" —para citar sus propias palabras— en que al fin se dejará ver un ensamble completo de los hechos más pequeños de la historia humana".²

La declaración de Bury de que la historia es una ciencia podía, pues, haber sido expresada más apropiadamente como una expectativa, la expectativa de que está en vías de llegar a ser una ciencia. Pero aquí llegamos a una ambigüedad importante que el mismo Bury no advirtió, según todas las apariencias. Como ya dijimos, la consideración que más le movió fue el hecho evidente de que la historia en su tiempo, en contraste, digamos, con la historia de un siglo antes, estaba en situación de formular algunas conclusiones

con certidumbre. La historia era como una ciencia por haber creado técnicas que no eran ⁶ posesión peculiar de unos pocos individuos bien dotados, sino que podrían ser compartidas y practicadas por individuos inteligentes en general, dada la preparación adecuada; y cuando esas técnicas se aplicaban, los resultados obtenidos eran tales que, en los casos favorables cuando menos, ya no podía discutirse seriamente su aceptabilidad. Esto significaba, como dije anteriormente, que los historiadores podían llegar a verdades definitivas sobre el pasado. Pero una cosa es llegar a *verdades* definitivas y otra llegar a la *verdad* definitiva. En realidad todo lo que podía mantener Bury justificadamente, sobre la autoridad de los hechos en que se fundaba, era que los historiadores tienen procedimientos seguros y convenidos para resolver cuestiones acerca de lo que ocurrió en particular: saben cómo resolver definitivamente algunas cuestiones, de un modo que hace inútil seguir investigándolas. Bury suponía simplemente que sólo con que se llevara adelante ese proceso, sólo con que fuésemos reuniendo pacientemente pequeños fragmentos del cuadro real, resultaría una reconstrucción auténtica del todo, y pasaríamos insensiblemente de saber verdades sobre el pasado a saber *la* verdad. A pesar de las limitaciones con que lo rodeó, el Supuesto era, para decir lo menos, ingenuo.

Trevelyan mostró en este punto alguna confusión cuando sostuvo contra Bury que la historia sólo podía ser científica si sentaba hechos fundamentales. Los historiadores, en opinión de Trevelyan, no sólo tenían que sentar hechos, tenían también que descubrir sus causas o interpretarlos. Ahora bien, yo creo que podemos dejar a un lado esta cuestión del descubrimiento de causas sin más demora, basándonos en que si puede determinarse científicamente que ocurrió tal o cual cosa, también puede determinarse científicamente que tuvo estos y los otros efectos. Decir cómo fueron los hechos y ver sus interconexiones,

⁶ *Selected Essays*, p. 17.

aunque distintas a veces, no son en realidad operaciones dispares. Pero la "interpretación" es otra cosa.

Entiendo por esta palabra, de ningún modo clara, la actividad a que se entregan, por lo menos algunos historiadores, de trazar el cuadro de una época, o de un período de desarrollo histórico, en conjunto; como yo veo el asunto, son cuadros de esa clase lo que los profanos esperan del historiador profesional. Y pienso que, en todo caso, es admisible sostener, como parece hacerlo Trevelyan, que levantar un edificio sobre los hechos (que es lo que implica el hacer dicho cuadro) es diferente, sin duda alguna, y exige diferentes aptitudes, que sentar hechos particulares. Bury es tan poco convincente porque ni siquiera vio que podía haber aquí un problema. Por torpemente que Trevelyan haya argumentado contra él, por lo menos reveló una laguna importante en el razonamiento de Bury.

Espero indicar en lo que sigue qué es exactamente esa laguna. Entre tanto, me permitiré llamar la atención hacia otro elemento de la crítica de Trevelyan sobre Bury que se relaciona manifiestamente con el asunto que acabamos de estudiar, a saber, su rechazo de la opinión según la cual la historia no es más que una ciencia. No es nada sorprendente que el sobrino nieto de Macaulay 'no piense nada sobre la idea de que toda, y la única, tarea de la historia era revelar la verdad sobre el pasado, exclusivamente por el interés del pasado mismo. Pero los historiadores no debieran permitir que la cómoda reflexión de que Trevelyan tenía aquí una especie de intereses creados les ciegue para la esencial sensatez de su posición en este punto. Si juzgamos la historia tal como era a principios de este siglo, y en realidad tal como es aún tenía Trevelyan toda la razón en sostener que el asunto tiene otros aspectos muy distintos de los que reconoció Bury. La palabra "historia" puede significar, para el investigador profesional que pasa los días en el Museo Británico o en los archivos acumulando resultados que espera publicar en revistas doctas para beneficio de sus compañeros los eruditos, poco más que una serie de intrigantes

enigmas intelectuales, dignos de atención por sí mismos; mas para un público más amplio siempre significó algo más. Gústete o no al historiador profesional, la actitud del hombre corriente (quiero decir, del hombre corriente inteligente) hacia la historia no es de ningún modo desinteresada: estudia el pasado no precisamente por ociosa curiosidad (aunque éste pueda ser a veces su móvil), sino porque cree indispensable su conocimiento si ha de hacer una valoración equilibrada de su propia época. Los cuadros que pintan de épocas pasadas los historiadores (un claro ejemplo sería el ensayo de G. M. Young sobre los primeros tiempos de la Inglaterra victoriana) pueden, pues, desempeñar un poderoso e importante papel en la educación general. Y esto puede sostenerse sin que tengamos que convenir en que los historiadores que escriben el tipo de historia de que hablamos aquí sean infieles a su profesión. Su visión del pasado puede ser menos inocente de lo que ellos piensan (tendré más que decir acerca de esto), pero esto no significa que tenga que ser coloreada por el prejuicio. La historia con prejuicios, la historia escrita para sostener una causa, tiene su efecto sobre el profano, pero lo tiene también la historia estimable.

Ahora bien, el historiador profesional puede, naturalmente, decir en este punto que lo que el profano saca de la historia no viene al caso: sólo los preparados en la materia saben lo que ésta es realmente. Por lo que yo puedo juzgar desde afuera, ésta fue realmente la reacción de la mayor parte de los historiadores ingleses a los argumentos de Trevelyan sobre los aspectos más generales de la historia. Para la mayor parte de mis antiguos colegas los historiadores de Oxford, por ejemplo, la historia es la actividad de un especialista, cuestión de más y más detalle, sutil, exigente, esotérica en un sentido real. No es de ningún modo el intento de contar la novela de la humanidad al hombre ordinario inteligente. Es indudable que si se le presiona podría conseguirse hasta de un historiador de Oxford que admitiese que no era todo el objeto de su actividad resolver enigmas particulares; aún

habría la esperanza tácita de que resolviendo tales enigmas "se dejaría ver finalmente", según la frase de Bury, un conjunto que permitiría a un pensador más sinóptico trazar un cuadro más general, pero cuya generalidad estaría aún algo limitada, por ejemplo un cuadro del estado de la Iglesia en 1250, y no un cuadro general de la Edad Media. Pero esa realización, si deseable, también es remota para muchos historiadores: las visiones generales hay que dejarlas a los autores de libros de texto, que pueden alegar en su defensa exigencias pedagógicas, y para unos pocos hombres de genio. Entre tanto el modesto estudioso corriente de historia (y los historiadores son en su mayor parte modestos, demasiado modestos en mi opinión) no considerará una buena razón para ocuparse en un tema histórico que excite fuerte interés en su tiempo. Así, la historia del siglo XIX, que excita nuestras pasiones porque es muy cercana a nosotros y porque los hombres de aquel tiempo eran a la vez tan parecidos y tan diferentes de nosotros, será menos adecuada para un estudio serio que la historia del siglo XIV, que podemos mirar con relativa ecuanimidad. Todas las épocas están igualmente cerca de Dios, como nos dice Ranke, pero algunas, las que normalmente preocupan relativamente poco, gozan del favor particular de los sucesores de Ranke.

Sé perfectamente que estas observaciones muy bien pueden parecerles injustas a los historiadores profesionales. Sé que la concentración sobre la historia medieval, que fue durante mucho tiempo el rasgo central de la enseñanza de la historia en Inglaterra, podría justificarse basándose en que en ninguna otra parte (¿salvo acaso en la historia antigua?) pueden los estudiantes ser iniciados con más eficacia en los procesos históricos fundamentales de descubrir y utilizar pruebas. Sé también que algunos medievalistas dirían que no podemos esperar comprender lo que es hoy el mundo sin un conocimiento íntimo de los tiempos medievales; aunque debo añadir que, en mi ignorancia, sigo siendo escéptico sobre este punto, y creo que es evidente que se averiguaría más acerca al mundo

moderno si se estudiasen los acontecimientos políticos y sociales de los siglos XVIII y XIX que remontándonos a los siglos XV y XVI. Pero, dejando a un lado estos puntos, encuentro difícil tomar con la debida seriedad los conceptos de la naturaleza y cometidos de la historia que manifiestamente suscriben tantos historiadores profesionales. Que, entre todas las disciplinas, la historia es algo que sólo los eruditos pueden practicar y esperar comprender; que debe cultivarse no sólo con espíritu imparcial, sino con deliberado apartamiento de todo interés que puedan tener sus resultados; que las personalidades de quienes se dedican a ella no cuentan para nada, salvo en el sentido de que son esas personas particulares y no otras las que, como los científicos individuales de la naturaleza, piensan hipótesis fecundas o infructuosas: todas estas proposiciones, muy lejos de ser evidentes por sí mismas, me parecen abiertas a la discusión. En cuanto a la tesis relacionada con ellas de que no importa lo que estudie el historiador siempre que verdaderamente descubra conocimientos nuevos, no creo que haya que ser un tipo de historiador *Lucky Jim* para ver que es una insensatez. Me alegro de ser confirmado en algunas de esas herejías por el profesor Trevor-Roper, cuyo argumento sobre la conexión entre la historia y el público profano me parece irrefutable, y quien, según pienso, tiene razón en insistir en que la historia es, en un aspecto importante, una disciplina humana y no una ciencia. Si puede servir de consuelo a los historiadores, me permitiré añadir que en los cincuenta años últimos hubo una concepción errónea paralela de su materia entre los filósofos, que se imaginaron ser también una especie de científicos, y así produjeron la especie de filosofía analítica, que es toda la filosofía que yo puedo practicar, en vez de formular y criticar opiniones metafísicas, que es lo que en realidad espera de ellos el público.

Tengo ahora que tratar de explicar, de un modo algo menos retórico, por qué considero un error describir la historia como una ciencia, “nada más y nada menos”. Puede ser útil que diga de una vez que,

para los propósitos de este ensayo, estoy dispuesto a aceptar todo lo que Bury dice acerca de que los historiadores crearon técnicas en las que puede confiarse para establecer hechos particulares. Si decir que la historia es una ciencia sólo es llamar la atención hacia esas técnicas y sostener que pueden emplearse con buen resultado, no deseo discutir la proposición. Pero me parece que quienes la formularon habitualmente entienden mucho más por ella.

Una de las cosas que han entendido es que la historia, idealmente en todo caso, es un *corpas* de verdades demostradas, que tiene validez sin distinción de las personas. Esto me parece verdadero y falso a la vez. Es verdadero en la medida en que los hechos que un historiador narra no son, si están adecuadamente autenticados, en ningún sentido propiedad personal suya, riño que, por el contrario, son algo a lo que debe dar su asentimiento toda persona razonable si los investiga. Que la Revolución francesa estalló en 1789 es una verdad para los franceses mientras que no lo es para los ingleses, o la verdad para quienes la aprueban y no lo es para quienes la detestan: es, queramos o no, un hecho. Pero cuando pasamos de los hechos individuales al todo que forman, es menos fácil eliminar consideraciones personales, como podemos ver preguntando si la Revolución francesa es lo mismo para los franceses y para los no franceses, entre los franceses si es lo mismo para los individuos de izquierda que para los de derecha.

Esas preguntas son, desde luego, radicalmente ambiguas, ya que podría pensarse que lo que la Revolución francesa *es* abarca lo que *significa* para diferentes individuos, lo cual a su vez comprende lo que les *sugiere*, cómo *sienten* acerca de ella, etc. No deseo incurrir en petición de principio introduciendo este tipo de consideración, que a los historiadores profesionales podría parecerles totalmente impertinente. En vez de eso, me gustaría concentrarme sobre lo que el historiador llamaría Revolución francesa tal como fue en sí misma. Me parece que hay importantes diferencias, insuficientemente apreciadas por los partidarios de la historia científica, entre escribir

sobre una cosa como la Revolución francesa y escribir sobre un tema de ciencia natural.

Hay, ante todo, el hecho de que el historiador de la Revolución francesa es un hombre que tiene algo que contar, que es él una persona particular que lo cuenta y que, en cualquier caso, lo hace pensando en un tipo general de público. El modo como alguien cuenta una historia depende no sólo de lo que tiene que decir; de pende también, en aspectos con los que todos estamos familiarizados, de sus propios intereses y prejuicios y de los de las personas en cuyo beneficio habla. Esto no quiere decir que los relatos sean irreparablemente tendenciosos; sólo quiere decir que todo relato contiene una exposición de los hechos vistos desde un punto de vista particular. Hay, si queremos usar una palabra peligrosa, un elemento subjetivo en todo relato, o para enunciar la cuestión de manera menos engañosa, toda narración es narración de alguien, hecha, podemos añadir, a otro individuo u otros individuos. Tratar una narración sin referencia al narrador ni al auditorio es no tomar en cuenta algo de verdadera importancia.

Antes de desarrollar más este punto me gustaría examinar dos objeciones que negarían su pertinencia para nuestro tema presente. La primera es que no toda historia toma la forma de narración. Además de la historia que lleva a uno a través de las diferentes etapas de un acontecimiento particular, hay el tipo de historia que, por decirlo así, gira en torno de un punto y ofrece una especie de cuadro ordenado, o que abarca el mismo terreno una y otra vez desde muchos puntos de vista. Podrían servir de ejemplos la *History of the English People in 18/5* de Halévy y *La democracia en América* de Tocqueville. La historia social en particular toma fácilmente esta forma. Pero no me preocupa en absoluto la existencia de historias analíticas de esta especie, pues me parece evidente que, como simples narraciones, están escritas desde un determinado punto de vista particular. También en ellas lo que se escoge para destacarlo depende no sólo del material

de que se trate (aunque desde luego depende de eso en parte y de manera importante), sino también de los intereses y los puntos de vista de la persona que hace el estudio, así como de los de las personas para quienes escribe. Si aquí no podemos hablar estrictamente de un “narrador”, estaría en su lugar una palabra más genérica, como por ejemplo ‘expositor’.

La segunda objeción podría discutir el contraste implícito entre historia y ciencia natural con que estoy trabajando. Podría decirse, en primer lugar, que si se quisiera podrían presentarse resultados científicos en forma semihistórica. En lugar de un capítulo sobre “Principios de mecánica”, por ejemplo, podríamos tener “Un día en la vida de una pelota perfectamente redonda que rueda por un plano inclinado perfectamente liso”. Platón, en su exposición de la decadencia del espíritu y de) Estado en los libros VIII y IX de *La República*, ideó, en efecto, describir de este modo los resultados sociológicos.⁴ Y, naturalmente, esto es perfectamente posible en otras ciencias, aunque el realizarlo seriamente podría ser tan pesado como valioso. Y llego a pensar que la forma narrativa en casos de este tipo en realidad no es más que un re curso pedagógico que permite al escritor tener entrada en las mentes de sus lectores enlazando su material con experiencias familiares: el hecho de que encontremos que se acure a él sólo en las cartillas y en los textos escolares parecen confirmar esto. Y si se dijere que podría hacerse una comparación más seria entre las obras científicas que exponen todos los conocimientos sobre un tema particular y las historias analíticas a que nos referimos arriba, yo necesitaría decir de nuevo que hay la diferencia sumamente importante de que mientras en las primeras el contenido está determinado primordialmente por la materia (o más bien por lo que sabemos de ella), en las últimas entran factores totalmente diferentes. El hecho de que puedan traducirse libros científicos de un idioma a otro y ponerlos en uso inmediato, mientras que la operación es mucho más delicada en el caso de obras de historia, tiene una relación

evidente con este punto.

¿Pero qué es, después de todo, lo que recita la historia cuando reconocemos que es indispensable el expositor? Algunas personas hablan como si esto fuese el factor de *selección*. De acuerdo con esa argumentación, la historia es, dicho toscamente, la novela del pasado vista por un individuo particular, que hace su selección entre la multitud de sucesos del pasado de acuerdo con sus peculiares prejuicios. He conocido historiadores tan desconcertados por este argumento que tomaron el heroico camino de sostener que la historia propiamente dicha no es selectiva en absoluto: idealmente se propone la resurrección de todo el pasado del hombre. Pero debiera ser evidente que el hecho de que la historia seleccione no implica de ningún modo que sea subjetiva en ningún mal sentido. Si una narración está condensada, no por eso es inevitablemente tendenciosa: quizá está expuesta a error por lo que deja fuera, pero la omisión no es un defecto en sí misma mientras se omita sólo lo trivial y carente de importancia. Y después de todo la historia no es la única foana de actividad intelectual en que interviene la selección; la mayor parte, si no todas, de las obras de ciencia también son selectivas, sin hablar de documentos como los informes de las comisiones reales. Los argumentos de Descartes contra la respetabilidad intelectual de la historia en este terreno son en el mejor caso bastante débiles.

No es la mera selección, sino la selección de acuerdo con criterios de importancia, lo que el expositor lleva a la historia; y la diferencia entre historia y ciencia gira en torno de las ideas de importancia en historia y en ciencia. Intentaré aclarar esta declaración un tanto sibilina. El individuo que compila una exposición sumaria del estado actual de los conocimientos en alguna rama de la teoría física tiene que decidir qué ha de consignar y qué ha de dejar fuera, y, como es natural, necesita tener criterios con arreglo a los cuales tomar su decisión. Ahora bien, en cierta medida (y aquí tengo que poner alguna limitación a la tajante antítesis con que empecé) esos criterios

dependerán de las personas a quienes trata tic instruir: la selección del material podría ser diferente si escribiera para un público médico, por ejemplo, de lo que sería si se dirigiera a estudiantes de física, y también podría ser diferente si tuviera presente un grupo especial de físicos (digamos para el caso físicos teóricos en cuanto distintos de los físicos experimentales). Pero si se le preguntase a dicho individuo por qué considera realmente importante un asunto, siempre puede esperarse que replicaría que son los hechos los que demuestran que lo es. Para decir las cosas un poco rudamente, este factor tiene que ser incluido en un sumario científico mientras que aquel otro puede ser omitido, porque aquél fue causalmente eficaz mientras que éste no lo fue. Decir que algo es importante en la esfera de los fenómenos naturales *es* en esta forma de exponer la materia, decir que su presencia o su ocurrencia tiene efectos de gran alcance. Hay muchos historiadores profesionales que piensan que puede darse una interpretación paralela de la importancia en historia, pero no creo que tengan razón.

Puede ayudarme a exponer aquí mí tesis si recuerdo que una cosa puede ser importante por sí misma o porque traiga consigo otra que lo es o para la cual sirve de medíS!* Podemos llamar estos dos conceptos, siguiendo el uso paralelo acerca del "bien", importancia intrínseca e importancia instrumental. Ahora bien, mi tesis puede exponerse en la forma de que ambos conceptos de importancia funcionan en historia. Si alguien dice que la Revolución francesa fue el hecho más trascendental o importante de la historia política moderna, podría querer decir (y quizá se le interpretase por lo común en este sentido) que fue el hecho que tuvo consecuencias de mayor alcance y más profundas. Pero sus palabras podrían tomarse en otro sentido totalmente diferente, sentido en el que su verdad no dependería de la ocurrencia o la no ocurrencia de ciertos acontecimientos subsiguientes: como expresivas de que quien había consideraba la Revolución francesa un acontecimiento importante en

sí mismo, quizá porque marcaba una manifestación trascendental del espíritu libre del hombre. He oído a personas hablar de la crucifixión de Cristo como el acontecimiento más importante de la historia de Roma, y lo entendían de esa manera.

Como es muy probable que esta tesis sea, en el mejor caso, recibida con cortés escepticismo, lo mejor que puedo hacer es dar algunos ejemplos. Un ejemplo útil podría tomarse de un cambio importante que tuvo lugar en la historiografía en años recientes. No hace mucho tiempo que los libros de historia estaban llenos de los hechos de reyes y reinas, de nobles en guerra y de eclesiásticos turbulentos; tendían a concentrarse sobre los sucesos políticos y militares. Desde Marx, o más bien desde los últimos años del siglo XIX, la importancia pasó a la historia económica y social, y las principales *dramatis yersonae* no son ya figuras políticas, sino, por ejemplo, científicos e inventores, mientras que el lugar del monarca venturoso como héroe de la historia fue ocupado por la gente común. Lo que realmente importa en historia, se nos dice con tediosa frecuencia, no son las personas eminentes, sino el hombre común. Ahora bien, admito que parte de la explicación de este cambio de interés en las obras históricas hay que buscarla en la creciente aceptación de la tesis según la cual los factores económicos, en cuanto distintos de los políticos, son los verdaderos elementos determinantes de los cambios históricos: las decisiones de reyes y reinas carecen relativamente de importancia en el sentido de que son relativamente ineficaces, por contraste con las decisiones y los acontecimientos económicos. Pero dudo mucho que esto sea toda la explicación. Es, en todo caso, en parte porque cambió nuestra estimación del hombre común, porque a la gente ordinaria no se la mira ya como se la miraba en una época más aristocrática, por lo que la gente común ha llegado a figurar tanto en nuestras historias. Homero tuvo muy poco que decir sobre el soldado común tanto del lado griego como del troyano, pero lo que dijo de Tersites deja ver claramente que su silencio no se debió

enteramente a la creencia de que las guerras las decidían los dioses y los héroes. Podemos imaginarnos un relato moderno de la guerra de Troya de una forma muy diferente, sólo con que tuviéramos testimonios y pruebas en qué basarnos para escribirla.

Otros ejemplos del modo como los juicios de valor pueden influir en nuestro modo de ver los hechos históricos podrían tomarse de la historia de las instituciones políticas, que (por lo menos hasta tiempos recientes) suponíamos del modo más natural que tomaría la forma de un relato del modo como se formaron nuestras propias instituciones democráticas (cf. "The Evolution of Parliament"), y de la historia de las ideas, donde la importancia dada a las ideas que consideramos importantes (es decir, intrínsecamente importantes) está con frecuencia fuera de toda proporción con su eficacia causal (un buen ejemplo reciente sería el interés que muestran los historiadores modernos de la lógica por las anticipaciones estoica y medieval a la lógica de la verdad funcional). También aquí podemos imaginarnos fácilmente presentaciones completamente diferentes del mismo material, dependientes del punto de vista del escritor. Y no debe chocarnos este hecho, como indudablemente choca a muchos historiadores profesionales, pues no hace más que revelar, cosa que debíamos estar dispuestos a esperar constantemente, que la historia es más compleja de lo que comúnmente se cree. No revela, si puedo insistir en lo evidente, que la historia no es en ningún sentido una disciplina científica, dedicada a averiguar lo que realmente ocurrió; no da, de manera muy señalada, excusa para pensar que se puede construir cualquier estructura que se prefiera con los testimonios de que parten los historiadores. Que yo considere ciertas cosas como intrínseca* mente importantes que en cierto sentido no hace más que dar determinado sesgo a mi historia, pero no determina sus detalles, los cuales siguen siendo, según esta opinión como según cualquiera otra, los principales objetos de escrutinio histórico. Pero me parece difícil negar la presencia y funcionamiento de juicios de importancia

en historia, y si es así la teoría de una historia plenamente científica debe ser totalmente abandonada, porque es suficientemente claro que no se encuentran tales juicios en los hechos mismos.

¿Por qué se resisten tanto los historiadores a aceptar una teoría como la que yo he formulado? Creo que hay dos razones principales. Una es su interés por las minucias de la erudición histórica, que concentra su atención en la fundamentación de hechos. Para muchos de ellos, como ya dije, la materia real de la historia hay que buscarla en las revistas eruditas, en estudios que llaman la atención hacia nuevos fragmentos de testimonios o que explotan los testimonios existentes de maneras nuevas, y no en libros más generales, que son capaces de mirar con desconfianza, y cuyo propósito y necesidad no comprenden bien. Pero en segundo lugar, creo que los historiadores no reconocen el funcionamiento de juicios de valor en historia porque toman sus propios juicios de valor por cosas sabidas. En Gran Bretaña, en todo caso, no se toma en cuenta, simplemente, la posibilidad de que pueda haber otros supuestos previos para enfocar la historia que los que en sentido amplio pueden llamarse "liberales". La razón es, sin duda, que hay pocos historiadores de primera fila en el país que no compartan las opiniones liberales, hecho que refleja las circunstancias políticas y sociales consagradas en que vivimos. En consecuencia, la historia inconformista, de tipo marxista por ejemplo, tiende a ser técnicamente escueta, en tal grado que no suscita un interés serio. Me parece arriesgado deducir de esas circunstancias peculiares que los historiadores ingleses modernos realizan el ideal científico y no operan con conceptos de importancia intrínseca. El argumento se parecería al que concluía que *The Times* no tenía ningún punto de vista que exponer porque se llama a sí mismo un periódico independiente.

Puedo pensar un modo de resolver el caso que he expuesto sin destruir totalmente lo que los historiadores podrían encontrar adecuado, y esbozaré y discutiré esto antes de resumir esta parte de mi

trabajo. Podemos imaginarnos un crítico dispuesto a conceder que, en realidad, los historiadores hacen juicios de importancia intrínseca, y que podrían diferir (o que de hedió difieren) en tales juicios sin que sea posible decidir la cuestión con la mera referencia al hecho. Sin embargo, podría decir nuestro crítico, no se sigue de ahí que no podamos encontrar un principio para decidir entre ellos racionalmente, y disponemos de ese principio si declaramos que un acontecimiento es intrínsecamente más importante que otro si afecta a un número mayor de personas y las afecta en mayor grado. Como resultará evidente, esta fórmula bastante tosca corresponde a la de la mayor felicidad en moral. Su atractivo para los historiadores estaría en que resuelve en efecto una cuestión de valor acerca de si es razonable atribuir importancia intrínseca a este o aquel acontecimiento, en una cuestión de hecho, relativa al número de personas a quienes afectan los acontecimientos, y en qué grado fue profundo el efecto, con lo cual, después de todo, hace científica la historia.

No insistiré sobre la vaguedad de las frases que acabo de usar ni en las dificultades para resolver las cuestiones que plantean. Y no negaré que el criterio indicado podría tener, si pudiera hacerse convenientemente específico, un fuerte atractivo para el sentido común. Pero lo que tengo que destacar es que la fórmula citada no podría pretender respetabilidad científica, o en este aspecto se le harían objeciones basadas en que no es científica. Como fórmula para elegir entre juicios de valor, no es ella misma un simple juicio de valor; pero tampoco es, de manera aún más evidente, un verdadero enunciado de hechos. Es decir, que no puede averiguarse su verdad averiguando cómo fueron las cosas. Suscribirla es, en efecto, aceptar cierta actitud moral, la actitud moral de los utilitaristas. No quiero negar que esta actitud particular atrae con frecuencia a los científicos, particularmente a los científicos sociales, pero esto por sí solo no la hace científica. Si un individuo se niega a aceptar esta fórmula, su conducta puede ser objetable sobre diferentes bases, pero no sobre la

base de que rehuye los hechos. Y me parece claro que hay historiadores, y también no historiadores por lo que hace al caso, que obran como si rechazaran este criterio utilitario de importancia intrínseca.

Permítaseme ahora resumir lo que he tratado de asentar hasta ahora. En primer lugar, quiero decir que, aunque la historia puede llamarse una ciencia por cuánto posee métodos reconocidos y merecedores de confianza para decidir lo que ocurrió en particular, esto no significa, como Bury e historiadores profesionales más recientes han supuesto, que es una ciencia de todo a todo. La razón de esto es que el cuadro total que es incumbencia del historiador trazar no es precisamente un agregado, ni una función, de hechos particulares. Para decir cómo fue realmente la Edad Media hay que hacer algo más que recitar todo lo que se sabe de aquel tiempo; hay que hacer algo más aún que dar una exposición conexas de vida medieval. Lo que hay que hacer es presentar la Edad Media en perspectiva, lo cual implica declararse en cuanto a la trascendencia (importancia intrínseca) así como en cuanto a la importancia instrumental de los diferentes hechos reunidos. Que esto sea así lo relaciono con el hecho de que la historia siempre es escrita desde un punto de vista particular, frase que supone la aceptación de cierta actitud moral. Aunque no querría decir que no podemos discutir sobre el grado en que son razonables diferentes actitudes morales posibles, ni aceptarlas o rechazarlas sobre bases racionales, sigue siendo cierto que todavía no se han descubierto modos definitivos de elegir entre ellas. Describir cualquiera de esas actitudes como "científica" es incurrir en petición de principio en favor de ellas.

No sería correcto deducir, de la simple circunstancia mencionada arriba de que todo historiador es lo que llamé un "expositor", la conclusión de que la historia es menos o más que una historia. Que cada historiador mira el pasado desde cierto punto de vista en el tiempo, y que escribe para un grupo particular de lectores —por ejem-

plo, ingleses de mediados del siglo xx, en cuanto diferentes de los alemanes de mediados del siglo xix— son cosas indudablemente importantes por cuanto ayudan a dilucidar el hecho, de otro modo enigmático, de que la historia se reescriba constantemente, pero no son en sí mismas una razón para pensar que hay un componente no científico en la historia. La *Historia de Roma* de Mommsen quizá no es todo lo que deseamos hoy, pero si Mommsen se diferenciase de sus sucesores sólo en ver los acontecimientos sobre los cuales escribe desde un punto diferente en el espacio y en el tiempo, quedaría intacto el caso de la historia científica, así como no lo afecta el hecho de que los historiadores contemporáneos de Roma tengan (gracias en parte a los esfuerzos del propio Mommsen) más testimonios a su disposición que tuvo Mommsen cuando escribió su *Historia*. Ni puede sacarse una conclusión importante de los diferentes intereses por el pasado que manifiestan diferentes historiadores, salvo en la medida en que revelen la presencia de algo más. Las historias de la tecnología pueden coexistir, y de hecho coexisten, con las historias de la literatura, y el hecho de que dispongamos de esas diferentes exposiciones del pasado no inquieta a ninguno de nosotros. La inquietud aparece sólo cuando salimos de una angosta visión departamental e intentamos dar algo como un cuadro completo de una época: es entonces cuando nos preguntamos si la invención de la tragedia fue en realidad tan importante como, por ejemplo, la de la rueda. Que nos planteemos explícitamente o no cuestiones de este tipo, mi tesis es que sus soluciones están implícitas en las narraciones que nos ofrecen los historiadores, que dan un sesgo o un color determinado a esas narraciones desde el principio hasta el fin, y que sobre este rasgo de la historia no tienen nada que decir Bury y sus admiradores.

Debe advertirse que no he dicho que no exista la verdad en historia; todo lo que quise decir es que *la* verdad sobre el pasado es un concepto más difícil de lo que piensan la mayor parte de los historiadores profesionales. Hay, naturalmente, preguntas que

formulan los historiadores y a las cuales pueden darse contestaciones verdaderas: todo el aparato técnico del historiador sigue siendo, eficaz, en mi opinión como en cualquiera otra. Para expresar la cuestión en los términos que introduje arriba, las preguntas acerca de lo que fue instrumentalmente importante admiten verdaderas y falsas contestaciones, y la mayor parte de los historiadores se ocupan en ellas durante casi todas sus vidas de trabajo. Aun así, piensa uno que hasta los investigadores más áridos realizan sus actividades pensando en una síntesis más amplia; en la construcción, o aun en el esbozo, de tal síntesis es donde opera la idea de lo que es intrínsecamente importante. Y al llamar extracientífico a este factor no quise dar la impresión de que es algo personal o subjetivo en algún mal sentido. Pienso que *hay* un aspecto en el que la personalidad del historiador es de la mayor importancia (parecido a aquel en que es vital la personalidad del novelista: nadie más tiene exactamente la misma visión y comprensión de los acaecimientos que han de narrarse); fue a esto, entre otras cosas, a lo que se refería Trevelyan cuando destacó el papel que la imaginación desempeña en el trabajo histórico. Pero ver el pasado con ciertos prejuicios sobre lo que en él fue verdaderamente importante no es en ningún sentido asunto privado: las actitudes de este tipo pueden ser, y ciertamente son, compartidas por grandes grupos. Además, pueden ser defendidas o discutidas, y también esto es algo que suele ocurrir. Pero el argumento no es un argumento en ciencia o en historia, ya que concierne no meramente a lo que es o fue el caso, sino al grado en que es apropiada una actitud ante la vida. Si pertenece a una disciplina independiente, pertenece a la filosofía.

Todo lo anterior gira en torno de la opinión según la cual, cuando un historiador empieza a decirnos lo que realmente ocurrió en algún momento del pasado, o cómo fue realmente un período particular, tiene que hacer algo más que recitar una serie de sucesos, tiene además que ayudar a sus lectores a valorarlos. La historia no es sólo

descripción, es descripción y valoración. Ahora bien, sé que esta opinión no se recomendará a muchos historiadores profesionales, y me agradaría mencionar en conclusión algunas de las consideraciones que me indujeron, aun así, a considerarla correcta.

Evidentemente la cuestión tiene algo que ver con la relativa a por qué estudiamos historia. Sobre esto es bastante clara la opinión que, tendenciosamente, llamo oficial. Estudiamos historia (o más bien la estudian los historiadores) porque es interesante averiguar cosas; los hombres son curiosos de muchas cosas, y, entre otras, del pasado. El motivo (o quizá habría que decir el motivo propiamente dicho) para buscar conocimientos históricos es el simple deleite de saber, por el saber mismo. Que esto es parte de una verdadera explicación del asunto no quiero negarlo, pero me parece muy improbable que sea toda la explicación.

Si nos preguntamos por qué la gente se interesa en realidad por la historia, hay indudablemente muchas contestaciones. Un incentivo muy común para estudiar historia es el deseo de saber lo que está detrás, o como solemos decir, lo que "explica" un estado de cosas existente que por alguna razón atrae nuestra atención. No es necesario subrayar que ese enfoque no es desinteresado, ya que la curiosidad que implica no es curiosidad ociosa; frecuentemente se relaciona con un propósito práctico inmediato. Ahora bien, es posible, naturalmente, empezar un estudio histórico por un motivo práctico y después interesarse en él por él mismo, realizándolo con mucho más detalle que el que exigen las consideraciones prácticas; este hecho es el que hace admisible, como lo es, la opinión oficial. Pero me parece que la pura curiosidad de esta especie, aunque es un factor real, no es más que un factor secundario en el estudio de la historia. Si fuese el único motivo que impulsara a la gente a interesarse por el pasado, la historia no ocuparía la posición central que ocupa hoy en el pensamiento de los hombres.

Permítaseme sugerir una opinión más sólida mediante una

analogía. Vamos a los países extranjeros por diversidad de razones. Una muy común es hacer negocios: con frecuencia necesitamos ver cómo son los extranjeros no porque nos interesen en sí mismos, sino porque ese conocimiento va a resultarnos prácticamente útil. Otro motivo muy común entre los viajeros, especialmente entre los viajeros de hoy, es la curiosidad: muchos de nosotros estamos verdaderamente ansiosos de saber lo que ocurre en tierras extranjeras por la sola razón de que encontramos divertido ese conocimiento. Sentimos placer, como lo sintió siempre la gente, en ver y oír cuán pintorescas pueden ser la naturaleza y la conducta humanas. Pero una mente que se limitara a descubrir y observar analogías y diferencias en las costumbres y conductas extranjeras, sin que a dicho individuo le importe el tiempo que pase en los países en cuestión, sin duda sería notablemente pueril. Más tarde o más temprano (antes más temprano que más tarde en mi propio caso) la pura curiosidad se desvanece. y nos encontramos observando en torno nuestro, no precisamente porque el espectáculo nos deleite, sino porque necesitamos hacer comparaciones. Viendo cómo se portan allí, recordamos cómo nos portamos nosotros en nuestra patria, y se presenta inevitablemente la cuestión de cuál práctica es la mejor. No es, naturalmente, que la comparación sea siempre fácil de hacer o que pueda hacerse a primera vista: sólo el viajero inexperimentado piensa que puede separarse una institución, por ejemplo

el sistema educativo francés o norteamericano, del ambiente y el fondo en que funciona y juzgarla sola y por sí misma. Pero la dificultad que aquí se experimenta, dificultad cuya existencia ningún observador honrado querría ocultar, sirve para aguzar y no para disminuir el interés: persiste la necesidad de hacer comparaciones, de valorar lo que ocurre allí y lo que ocurre en nuestra patria. Esto es, sin duda, un estímulo poderoso para investigar: cuanto más tiempo estamos en un país, más nos damos cuenta de que no podemos hacer un juicio justo sin prolongados y serios esfuerzos para averiguar los

hechos pertinentes. El descubrimiento de hechos y la valoración avanzan, pues, parí *passi*, y cuando un observador sagaz se pone a escribir sus experiencias en un país extranjero, son inextricablemente mezcladas.

Me parece que lo que es cierto del viaje por el extranjero también es cierto de la historia. Ir hacia atrás en el tiempo es comparable en muchos aspectos a ir al exterior en el espacio, y no lo es menos en la circunstancia de que quienes emprenden el viaje sienten la necesidad de anotar y valorar.^{7 8 9 10} Los relatos que traen al regresar no son simples descripciones, sino que podemos llamarlas tendenciosas: tendenciosas no porque falseen los hechos o los omitan deliberadamente, sino porque las presentan a la luz de ciertos prejuicios que interesan al narrador y a su auditorio. Esos prejuicios no afectan lo que vemos (aunque en casos desfavorables, como todos sabemos, pueden tener un efecto adverso y actuar como impedimentos) tanto como determinan los objetos a los que pintamos atención. Lo que ocurrió en el pasado, como sabe toda persona sensata, no depende de lo que alguien piense ahora, pero sí depende de eso cómo lo interpretamos, lo que tomamos de ello y lo que sobre esto construimos. El buen historiador no puede escapar de este hecho más que el más tosco propagandista, aunque esto no es una razón para confundir historia y propaganda en cualquier otro respecto.

Ante estas embarazosas verdades, algunos historiados* res quizá deseen retirarse a la que consideran una posición menos expuesta. "Todo lo que realmente sé —podemos imaginamos que dicen— es cómo obtener hechos. Así, pues, limitémonos en adelante a decir cómo fuerqn los hechos, y dejemos a los profanos que los juzguen;."

⁷ Cf. el *Discurso del método* de Descartes, parte i, para esta opinión: "Conversar con las gentes de otras épocas casi es, por decirlo así, viajar por el extranjero; y viajar, al darnos a conocer las costumbres de otras naciones, nos peniute juzgar más justamente las nuestras".

Esto equivale a rehuir la historia general en favor de la publicación de fuentes, artículos y monografías. Mis dificultades acerca de esto son dos. En primer lugar, no veo exactamente cómo vamos a distinguir entre monografías e historias generales, pues toda monografía es (supongo) una exposición conexa, y toda exposición de ese género tiene que escribirse teniendo presente un ambiente más amplio, es decir, relativo al punto de vista de los historiadores. Es cierto que puede pensarse que el autor de una monografía se dirige a sus compañeros de profesión y no al público en general, y esto tendrá algún efecto sobre su exposición: por ejemplo, tendrá por consecuencia que pondrá menos signos de llamada para explicar la situación del país al que la ignora. Pero si los intereses profesionales divergen de los de los individuos corrientes inteligentes, esto no quiere decir que excluyan a estos últimos: los historiadores son humanos, después de todo. En segundo lugar, no veo cómo ha de juzgarse siempre apropiadamente esta exposición de la materia. Los hechos han de presentarse —todos ellos probablemente, o por lo menos tantos como puedan adquirirse, cualquiera que sea su interés— a personas no familiarizadas con ellos, y hay que decirlos para que éstas hagan de ellos lo que quieran. Me parece que para los historiadores hacer esto equivaldría a una grave abdicación de su responsabilidad que, si no hace despreciables sus estudios, por lo menos disminuiría mucho su importancia. Pero aquí me consuela la idea de que los grandes historiadores no han aceptado nunca el papel limitado que aquí se esboza para ellos: no han titubeado en exponer los hechos en perspectiva ni tampoco en buscarlos por todas partes, y al hacerlo se las arreglaron para realizar lo que Trevelyan consideró con razón la tarea más importante de la historia: hacer que los hombres conozcan el carácter de su propio tiempo viéndolo en comparación y por contraste con otros.

Estudiantes y profesores de historia con frecuencia se muestran confundidos acerca del problema de la causalidad histórica. Su

confusión nace de las dificultades experimentadas en diferentes niveles, y mi primer cometido será dar alguna cuenta de ellas.

Hay en primer lugar la dificultad práctica de *identificar* satisfactoriamente las causas históricas. Para exponer el asunto de la manera más sencilla, se cree que los historiadores deberían poder decir qué es lo que produjo las cosas así como lo que realmente ocurrió, y sin embargo hay evidentemente mucho más desacuerdo entre ellos en el diagnóstico de las causas que en delinear el curso preciso de los acontecimientos. Por ejemplo, sabemos mucho ahora sobre la historia diplomática, política y económica de las potencias europeas en el período que precedió inmediatamente a la primera guerra mundial, pero sería mucho pretender que supiéramos qué es lo que realmente causó la guerra. ¿Fue la personalidad del emperador alemán el factor fundamental, copio los historiadores patriotas de este país sostuvieron en otro tiempo, o fue la rivalidad económica de las grandes potencias, como afirmaron sus sucesores"? Si alguien atribuyera la guerra al exacerbamiento del nacionalismo en Europa, que amenazó primero al Imperio turco y después al austrohúngaro y al ruso, promoviendo así la destrucción del equilibrio europeo de poder, ¿estaría o no lejos del blanco? El hecho de que no haya contestaciones claras y generalmente admitidas para preguntas de esta suerte sin duda desconcierta a algunos estudiantes de historia. Y tienen razón para desconcertarse, dado el supuesto, que ahora es universal en los círculos históricos profesionales, de que la historia es una rama legítima del saber, una "ciencia", como la llamó Bury. Lo que distingue a las investigaciones que designamos científicas, en el sentido amplio de la palabra, de todas las otras es precisamente que sus resultados principales imponen el acuerdo general entre todas las personas competentes que se dedican a ellas. Cuando Bury dijo en 1903 que la historia es una ciencia "nada menos y nada más", indudablemente pretendía que por aquel tiempo llenaba este requisito, aunque no lo había hecho en su no muy lejano pasado literario. Pero

esa pretensión es menos impresionante si hay que conceder que, así que pasan del curso de los acontecimientos a su causa, hay entre los historiadores algo menos que acuerdo general.

Hay otro punto acerca de la identificación de las causas históricas que es o puede ser inquietante. No es sólo el caso de que diferentes historiadores tengan respuestas diferentes para una pregunta como "¿Cuáles fueron las causas de la primera guerra mundial?"; también es cierto que los tipos de cosas seleccionadas como causas históricas no siempre son fácilmente comparables. Cuando A. J. P. Taylor sostuvo en *The Origins of the Second World War* que Chamberlain y Daladier eran tan culpables del estallido de la guerra como Hitler, la cuestión que había que decidir era por lo menos clara, pues podemos comparar fácilmente los efectos de las acciones y omisiones de Hitler con las de otros estadistas. Pero cuando, un historiador que estudia las causas de la primera guerra nos dice que la personalidad del káiser fue de poca monta, y que la verdad es que las fuerzas determinantes^ esenciales en aquella situación fueron económicas, no sabemos en absoluto cómo valorar lo que se propone contra lo que se rechaza. La propagación del nacionalismo y la lucha por África no funcionan como factores causales en la historia en el mismo nivel que la institución de la Entente Cordiale o la decisión de duplicar un programa de construcciones navales; decidir si se acepta una explicación que destaca el primer título de factores contra el segundo título es difícil en la misma proporción. Ni cuando se conviene en que lo que necesitamos a manera de causas es algo muy general se hacen más sencillas las cosas, porque también en este nivel hay posibilidades rivales. El sentimiento nacionalista y las exigencias del sistema capitalista coinciden en ser factores causales bastante abstractos, pero ése es el único respecto en que coinciden. Ante historias de Europa en el siglo XIX basadas respectivamente en el desarrollo de la conciencia nacional y en el desarrollo intrínseco de la organización económica europea, y requerido a elegir entre ellas, el estudiante ordinario de

historia se sentía mal equipado para hacer la elección. Podemos imaginárnoslo protestando que los dos tipos de factores fueron realmente operantes, y tratando, en consecuencia, de inventar una transacción para hacer justicia a ambos. Pero si se le pidiese que justificara dicha transacción en términos generales indudablemente se sentiría muy desdichado.

Estas dificultades prácticas en la identificación de las causas tienen algo que ver, indudablemente, con la falta de claridad en las mentes de los historiadores acerca de *lo que es una causa histórica*. Podemos suponer que la noción de causa fue tomada en historia de la vida cotidiana, lo cual significa que una causa en historia era, originalmente, un acontecimiento, una acción o una omisión en virtud de los cuales habría sido muy diferente el curso subsiguiente de los acontecimientos. La decisión del emperador Guillermo II de prescindir de Bismarck en 1890 puede servir de ejemplo de causa de ese tipo; es lo que un candidato examinando de cierto nivel podría citar en respuesta a la pregunta: "¿Cuál fue la causa de que las relaciones entre las principales potencias europeas empeorasen agudamente en los últimos años del siglo XIX?" Ahora bien, es evidente que las causas así entendidas no pueden operar aisladamente: una causa según esta interpretación no es más que una entre varias condiciones necesarias de los que se dicen ser sus efectos, y puede producir estos últimos sólo en cooperación con otras. Esta circunstancia no nos preocupa en la vida diaria, donde, como Collingwood y otros han hecho ver muy claramente, distinguimos las causas de las condiciones 1) de acuerdo con nuestros intereses, y 2) en muchos casos por lo menos, de acuerdo con lo que en principio puede producirse o evitarse. Pero los historiadores no tienen por el pasado el mismo interés directamente práctico que los ingenieros o los médicos; en realidad, se nos dice con frecuencia que, como historiadores, no tienen intereses prácticos de ninguna especie, sino que se interesan por el pasado "por el pasado mismo". Y esto significa, como significó

para Mili en circunstancias no muy diferentes, que fácilmente pueden tomar disgusto hacia el sentido de causa como condición necesaria. Escogerán un rasgo particular —por ejemplo, el carácter del Emperador alemán—, como decisivo en una situación dada, y después reflexionarán que no habría tenido los efectos que tuvo si no hubieran sido ciertas otras cosas de muy diversos géneros: si los franceses no estuviesen resentidos por la derrota y ansiosos de venganza, si los ingleses no estuvieran pasando por una fase imperialista, etc. El resultado es que la común y extremadamente útil distinción entre causas y condiciones empieza a parecerle inadmisibile al historiador y se está realizando el cambio de condiciones necesarias por condiciones suficientes en su comprensión de la palabra “causa”. Invitado a declarar qué es lo que produjo determinado estado de cosas, ahora enumerará una amplia variedad de factores cuya acción conjunta fue, en su opinión, suficiente para producirlo. Pero aunque este paso de causa a causas puede parecer que resuelve las dificultades inmediatas, está lelos, evidentemente, de ofrecer una satisfacción permanente intelectual o ni aun práctica. Cuando empezamos a anotar los antecedentes de un fenómeno que bastó para producirlo, no está claro de ningún modo qué circunstancias habría que incluir; todo factor que añadamos exigirá la adición de otros factores cooperadores, de suerte que estamos amenazados de tener que decir que las causas de *todo* acontecimiento histórico tienen que ser *todos* los acontecimientos que lo precedieron. Hacer una lista de causas para todo suceso histórico dado que sea a la vez completa y limitada es, en el cálculo más bajo, tarea de alguna dificultad. Y aun cuando pudiera suponerse que el problema se había resuelto en un caso particular, no se seguiría de eso que el historiador se contentaría en la práctica con dejar el asunto ahí. Por el contrario, muy bien podríamos verle al fin investigando, con alguna inconsecuencia aparente, cuáles de las causas enumeradas eran decisivas, cuáles podría decirse que habían sido de fundamental importancia para producir el resultado y cuáles

podrían dejarse a un lado como meramente cooperantes.

Es éste el momento de mencionar una tercera fuente de confusión para los historiadores respecto de las causas históricas, a saber, lo que los filósofos dijeron sobre el asunto. Filósofos de diferentes escuelas pusieron en duda que sea apropiada la idea misma de causa histórica, o sostuvieron que la palabra “causa” puede ser usada apropiadamente en historia sólo cuando se la entiende de un modo restringido. Según Collingwood,¹¹ por ejemplo, los historiadores, “a menos que remeden los métodos y el vocabulario de la ciencia natural”, usan “causa” en un sentido en que “lo causado es el acto libre y deliberado de un agente consciente y responsable, y ‘causarle* hacerlo quiere decir ofrecerle motivo para nacerlo”. Probablemente remedan los historiadores los métodos y el vocabulario de la ciencia natural cuando explican los acontecimientos históricos por la organización económica o por la estructura social, o también cuando recurren a conceptos de psicología individual o social; si es así, la frase de Collingwood vedaría gran parte de lo que encontramos en libros de historia. Pero sobre este asunto Collingwood es la moderación misma cuando se le compara con el profesor Oakeshott, quien propugna en efecto la expulsión de la palabra “causa” de todo el campo del pensamiento histórico y, como si contestara de antemano a Collingwood, describe a Tucídides “no sólo como un historiador peculiar, sino también como un historiador defectuoso” porque, para él, “el carácter y el motivo personales son una causa primera que está detrás de lo que, por regla general, no destaca”.² Investigar causas históricas, en opinión de Oakeshott, es buscar la explicación de lo que sucede en el mundo histórico por referencia a algo enteramente ajeno a él (“abstracciones como las condiciones geográficas o económicas”,* por ejemplo), o fragmentar aquel mundo, que el historiador sabe muy bien que es un todo unificado, en partes irreales, en acontecimientos arbitrariamente

¹¹ *An Essay on Metaphysics* (1940), pp. 285 ss., y especialmente pp. 290-95.

separados de su ambiente y falsamente considerados independientes. Ambos procedimientos son extraños al pensamiento histórico propiamente dicho: el primero fue importado de la ciencia natural y el segundo de la vida práctica.

Estas opiniones de Oakeshott parecen a primera vista simplemente paradójicas; en realidad forman parte de un análisis de gran alcance y muy penetrante del pensamiento y los procedimientos históricos. El pensamiento y los¹² procedimientos en cuestión son los del moderno historiador “científico”, el erudito profesional, en cuanto opuesto al aficionado literario; es a Maitland a quien Oakeshott se refiere más frecuentemente cuando quiere documentar o ilustrar su asunto. Oakeshott declara exponer la teoría encamada en la práctica de eruditos como Maitland; las paradojas que propone no son para él paradojas, sino conclusiones implícitas en un trabajo histórico ampliamente admirado. Y aunque no pretende que sus opiniones sobre la causalidad en historia son explícitamente defendidas por los historiadores que tiene presente, no halla dificultad en afirmar que todo el que esté entregado a la que Bury llamó historia “científica” debe reconsiderar sus opiniones sobre la causalidad histórica. No podemos, sencillamente, hacer ningún progreso en nuestro principal asunto hasta que hayamos por lo menos echado una mirada a las cuestiones más amplias implícitas aquí.

La tesis que tenemos que examinar es que la historia es esencialmente el estudio desinteresado del pasado por el pasado mismo. No se niega que la mayor parte de los individuos durante la mayor parte del tiempo se interesan por el pasado sólo en la medida en

¹² *Experience and its Modes*, p. 131. Esta obra fue publicada en 1933, pero un ensayo posterior de Oakeshott, “The Activity of being an Historian”, publicado por primera vez en 1956 y reimpresso en *Rationalism in Politics* (1962), revela que sus opiniones sobre la historia sufrieron un pequeño cambio. En lo que sigue se toman conjuntamente los dos estudios.

• *Ibid.*, p. 132.

que tiene alguna, influencia práctica sobre el presente: su curiosidad por los sucesos y las condiciones del pasado nace de sus intereses y aspiraciones presentes y se limita a los fragmentos de la historia que tienen alguna relación con ellos. Y no se niega que el pensamiento histórico, aun el pensamiento histórico avanzado, está en constante peligro de ser influido por consideraciones prácticas. Como dice Oakeshott,¹³ con frecuencia encontramos aseveraciones en libros de historia que reflejan los intereses prácticos de sus autores, aseveraciones como (para usar sus mismos ejemplos) “disipó sus recursos en una serie de guerras inútiles” y “al día siguiente el Libertador habló a una gran asamblea en Dublin”. Pero si los historiadores incurren a veces realmente en maneras prácticas de pensar, no debemos suponer que la historia es en su mejor caso puramente cognoscitiva. Para el historiador científico moderno hay toda la diferencia del mundo entre el pasado práctico, el pasado tal como vive en las ideas del patriota, por ejemplo, y el pasado histórico, que es investigado puramente por él mismo. La verdadera actitud del historiador hacia el pasado es, en consecuencia, completamente teórica: piensa que su cometido consiste total y únicamente en determinar, sobre la base de testimonios presentes, cómo ocurrieron las cosas en tiempos pasados. Ciertamente sería falso del todo decir que emprende esa tarea porque cree que su ejecución dará resultados inútiles: pensar que la historia enseñará una serie de lecciones es aceptar la actitud práctica en una de sus formas más toscas. La verdad es más bien que el historiador ama el pasado por el pasado mismo, y esto significa que lo trata como algo al mismo tiempo libre de su influencia personal y carente de toda acción sobre su vida presente; no como un pasado vivo, sino como un pasado muerto.

Oakeshott deduce varias conclusiones de esta interpretación de la naturaleza de la historia; la única que nos interesa particularmente

¹³ Sobre esto véase “The Activity of being an Historian” en *Rationalism in Politics*, pp. 150-3, 164-7.

ahora es que el historiador debe evitar todas las expresiones que reflejen el punto de vista práctico. Anteriores representantes de la teoría de la historia científica (Butterfield, por ejemplo) habían sostenido que no forma parte de la tarea del historiador formular juicios morales. Oakeshott es mucho más radical, pues quiere verse libre de pláticas sobre guerras inútiles y sobre la disipación de recursos lo mismo que sobre malos reyes. Sostiene también que hablar de la “intervención” de alguien en una situación histórica, o de que la muerte de Guillermo el Conquistador fue “accidental”, es estrictamente antihistórico. En historia propiamente dicha nada es accidental y nadie interviene, pues el historiador se interesa únicamente por averiguar lo que ocurrió, y no en hacer algo acerca de ello. Verdaderamente, espera saber lo que ocurrió al terminar el día y decir cómo ocurrió. Pero lo hace no escogiendo acontecimientos individuales que fueron decisivos en sus resultados, y todavía menos apelando a factores que están completamente fuera de la historia, sino dando lo que Oakeshott llama⁶ “una exposición completa del cambio”\ “En historia, *four savoir les choses il faut savotr le detall*”, y en consecuencia historia es “la narración de una serie de acontecimientos que, si no tiene alguna interrupción grave, se explica por sí misma”. Aceptando este principio de la “unidad o continuidad” de la historia encontramos una explicación de los cambios históricos “alternativa de la que proporciona el prejuicio de causa y libre de los defectos inseparables del concepto de causa”.

Me parece que todo esto constituye no sólo una exposición de la idea de historia científica, sino también su virtual *reductio ad absurdum*. Oakeshott sacó con notable lógica las consecuencias de la opinión comúnmente profesada de que la historia es un estudio puramente desinteresado del pasado; sustentar esta opinión es realmente obligarse a un divorcio total de lo teórico y lo práctico, y por lo tanto a renunciar en los escritos históricos a todas las palabras que tengan ecos prácticos» incluidas las palabras que expresen causa.

Pero la enseñanza de esto puede no ser, como Oakeshott supone manifiestamente, que la historia es una disciplina completamente desconocida y mucho más difícil de lo que el público la cree; más bien sería que no se trata de un estudio puramente teórico.

Sostuve en otro lugar que toda historia (y ciertamente no exceptuaría de esto la moderna historia profesional) contiene inevitablemente un componente extra-científico por cuanto es el relato del pasado, o más bien de una parte de él, visto por un individuo particular en un momento particular y presentado por aquél a un público particular. El hecho de la particularidad, si puedo decirlo así, significa que cada historiador aborda su tarea de reconstruir y comprender el pasado con sus propias ideas acerca de qué cosas son en ella intrínsecamente importantes, ideas con las cuales debe suponer alguna simpatía en sus lectores. Son sus juicios fundamentales de importancia los que determinan a qué rasgos de los hechos pasados prestará atención el historiador. Y que esos juicios sean correctos es cosa que no puede decidirse por el examen de los hechos, porque son supuestos previos en todo lo que se dice sobre el pasado. Consultando los testimonios podemos averiguar qué cosas fueron importantes en la historia en un sentido instrumental, como el tener consecuencias de gran alcance y amplitud, pero no podemos determinar de este modo que, por ejemplo, lo que realmente importa aquí es el destino del hombre común. Ni el admitir esto tiene por qué llevarnos a concluir que toda historia es irremediamente tendenciosa; la inferencia correcta es sólo que toda está escrita desde un punto de vista particular. El punto de vista colorea la exposición que da el historiador, o, si se quiere, le da un sesgo, pero no decide (o no debiera decidir) sus detalles. Dado que lo que realmente importa en historia es el destino del hombre común, aún puede haber respuestas verdaderas y falsas a la cuestión referente a cómo se portó el hombre común en épocas particulares.

Oakeshott sin duda rechazaría esto por incluir la intrusión de un

elemento práctico ajeno a la historia propiamente dicha. La historia, como él la ve, no está escrita desde ningún punto, de "vista; consiste en verdades que no son meramente independientes de las personas, sino independientes de todo contexto vivo de investigación. Bury había seguido la misma línea cuando dijo que historiadores debían entregarse al estudio de todos jipada uno de los detalles de lo que ocurrió en el pasado, sin atender al interés inmediato de períodos particulares. Su idea era que acumulando hechos sobre los que hubiera acuerdo podíamos finalmente construir una exposición verdadera e intemporal de cómo fue el pasado realmente. Temo encontrar esto muy ingenuo. "Cómo fue el pasado realmente" no es, como Bury suponía, una mera función de testimonios históricos, sino también de las mentes de quienes trabajan en el problema de descubrirlo. Los testimonios son de suma importancia en historia, pero lo son también las condiciones en que nos dirigimos a ellos y la urdimbre general de cuestiones dentro de la cual queremos usarlos a ellos y a las conclusiones que de ellos saquemos. Y éstas son previamente supuestas por el historiador (normalmente, desde luego, de acuerdo con otros), no sacadas por él del estudio de los hechos.

Hay otro aspecto, quizá más discutible, en que ine parece engañosa la teoría de que la historia es investigación desinteresada del pasado. Oakeshott y quienes piensan como él sostiene que es esencial para la actitud histórica moderna que se estudie el pasado sin pensar en ningún propósito práctico. Ahora bien, convengo desde luego en que el primer cometido del historiador es descubrir la verdad; convengo también en que debe dejar a un lado, en la medida en que pueda, todos los prejuicios y conceptos previos que son evitables, y dejar que sus juicios sean guiados por lo que justifican los testimonios. Pero pienso que puede concederse todo esto sin que tengamos que conceder que la historia es una actividad *exclusivamente* teórica. Nuestro propósito final al dedicarnos a investigaciones históricas podría no ser precisamente averiguar la verdad acerca de cómo fueron

las cosas en tiempos anteriores, sino a base de eso hacer alguna comparación con el presente. Y creo que un propósito así anima maestros estudios históricos, y en realidad debe hacerlo si éstos han de tener un sentido serio. Digan lo que quieran los historiadores profesionales, la investigación histórica no es apoyada sólo por la curiosidad; está implicado otro motivo, a saber, la necesidad de averiguar cómo fueron las épocas pasadas con la vista puesta en hacer una valoración tanto de ellas como de la nuestra. El pasado nos importa del modo en que nos importan con frecuencia los extranjeros: de ambos puede pensarse fácilmente que se reflejan en nosotros. En uno y otro caso, para averiguar si es así, tenemos que hacer más investigaciones, y ver más claro lo que sucedió entonces o lo que sucede ahora en el extranjero. Pero en ninguno de los dos casos es la averiguación del hecho, o ni siquiera el conocimiento de las conexiones entre los hechos, todo el objeto del trabajo.

En la argumentación que precede, mi objeto se limitó a demostrar que la historia, lejos de ser científica de un cabo al otro, más bien debiera de considerarse como una investigación que se realiza en un ambiente práctico y está apoyada en importantes aspectos por intereses prácticos. Si estoy en lo cierto, toda exposición histórica que deje fuera el fondo práctico de los estudios históricos está condenada a ser errónea. Hasta donde yo puedo ver, la teoría de la historia científica incurre precisamente en este error. Se sigue de ahí que toda objeción de principio al uso de palabras causales en historia, basada en que pertenecen al lenguaje de la acción, puede ser descartada. Como veremos, el componente práctico es de mayor volumen en unas formas de historia que en otras: es muy prominente en los que justamente pueden llamarse escritos históricos primitivos, y muchísimo menos obvio en los productos del complicado erudito contemporáneo, cuya ambición es explicar los acontecimientos históricos en un nivel mucho más profundo de lo que intentaron, digamos, los historiadores del mundo antiguo. Pero el abismo entre

estas dos formas de actividad histórica es quizá menos ancho de lo que nos habrían hecho creer algunos historiadores y apologistas modernos de la historia'.

Puede decirse en este punto que la opinión de Oakeshott tiene de la historia como realmente contemplativa podría haber sido refutada más rápida y más eficazmente advirtiendo simplemente que es habitual entre los historiadores, al tratar de su disciplina, adoptar el que filósofos recientes han llamado "el punto de vista del agente". Decir esto es decir que, siempre que sea posible, un historiador narrará los sucesos históricos o discurrirá sobre ellos desde adentro, por decirlo así, tratando de presentar el pasado, inicialmente por lo menos, como una serie de situaciones y problemas encontrados por seres que pueden saber lo que está ocurriendo y responder de acuerdo con ello. Pienso que Oakeshott no estaría conforme con que esta apelación a lo que podemos llamar el aspecto problemático del pensamiento histórico refutaba realmente su posición, pues sostendría que esto sólo era característico de la historia precientífica. Pero ahora que han sido expuestas las limitaciones de la historia puramente teórica, parece que no hay razón en principio para que no tratemos la adopción por el historiador de un punto de vista práctico con la seriedad que parece exigir su importancia. En lo que sigue inmediatamente daré por sabido que gran parte de la historia es un intento para presentar los hechos desde el punto de vista de los agentes de aquéllos, y me preguntaré qué sentido de causa" o qué tipos de cuestiones causales están implícitos en la realización de esa tarea.

Lo primero y más manifiesto es que si es verdad que el historiador presenta las personas acerca de las cuales escribe como "agentes conscientes y responsables", para usar la frase de Collingwood, el sentido de "causa" sobre el cual llamó la atención Collingwood sin duda será apropiado en historia. Agentes conscientes y responsables pueden ser movidos a hacer cosas en el sentido de que pueden encontrarse ante situaciones o consideraciones a cuya luz

decidan realizar una acción particular. La decisión en un caso de este tipo es formalmente una decisión libre, pues aunque el agente tiene un motivo, y en algunos casos un motivo arrolladoramente poderoso, para obrar como lo hace, su motivo no lo obliga a actuar. Un historiador muy bien puede suponer, como lo hacemos todos en la vida diaria, que cuando alguien ve su situación de tal y cual manera, puede esperarse que reaccione naturalmente de tal y cual modo. Pero hablar aquí de una reacción *natural* no es precisamente, como observó Dray, referirse a una regularidad establecida de conducta; es, cosa aún más importante, hablar de conducta que se considera *apropiada*. En consecuencia, las causas de este primer tipo no son causas *ab extra*, y aceptarlas no implica ninguna amenaza para la dignidad o la racionalidad humanas.

Collingwood parece haber pensado que ningún otro tipo de causalidad fuera del que acabamos de mencionar puede invocarse apropiadamente en historia, pero aquí evidentemente no previó las consecuencias de su propia teoría según la cual los historiadores se interesan primordialmente por las acciones. A) adoptar el punto de vista del agente, el historiador pasará naturalmente por lo menos a otros dos tipos de cuestión causal. Una, en su expresión más escueta, es: "¿Quién causó qué?", donde el investigador tiene dos propósitos estrechamente relacionados: fijar la responsabilidad y valorar la cuantía de la aportación de un agente para un fin dado. Debe advertirse que fijar la responsabilidad no es aquí necesariamente un asunto inoral, aunque esto fue tratado tan ampliamente por muchos historiadores antiguos; corresponde, como dicen Hart y Honoré en un instructivo estudio,⁸ a lo que hace un juez al adjudicar obligaciones en una causa civil más bien que a su dictamen sobre culpabilidad en una causa criminal. Y estimar los efectos es ciertamente una tarea histórica importante, aunque las causas correspondientes, en los escritos históricos modernos, ya no son siempre personas individuales. Los historiadores pueden interesarse también por las consecuencias de

movimientos, como lo hizo G. M. Young cuando escribió¹⁴ que "con frecuencia se había sentido perplejo para dffgrminar la aportación exacta del puritanismo a la civilizaban industrial de la clase media en Inglaterra en el siglo xix", y de acontecimientos naturales, como la obstrucción de un río con sedimentos. En estos casos "¿Quién causó qué?" se amplía en "¿Qué causó qué?", pero la pregunta se formula aún en un ambiente de actividad humana, pues el fin para el que se hace la aportación que se examina es un objeto de deseo o aversión humanos (como cuando la obstrucción de un río produce un descenso de la prosperidad), o por lo menos de interés humano.

Otro tipo de pregunta causal que se le ocurre naturalmente a todo el que presenta la historia desde adentro ya fue mencionado en mis primeras observaciones. Un individuo que se encuentra ante un problema práctico y ve que la solución no está de acuerdo con sus expectativas se sentirá movido a inquirir qué es lo que causó que la situación cambiase como lo hizo. Y lo que deseará es poner el dedo sobre el punto particular en que las cosas empezaron a ir mal (o para el caso, a ir bien), e identificar la circunstancia que, desde el punto de vista del agente, influyó vitalmente en la solución. En este sentido una causa es una condición necesaria para un resultado, escogida entre las condiciones ya porque es algo que podría haber sido producido o evitado a voluntad, ya porque de algún modo era desacostumbrado o inesperado. El no tomar un tren podría ser causa de que un individuo perdiese su trabajo en este sentido de causa, o que el mal tiempo causara la desastrosa pérdida de las cosechas. Este es el concepto de causalidad que Collingwood consideró peculiar de las ciencias prácticas, pero que está en su lugar dondequiera y cuando quiera que

14 *Causation in the Law*; véase especialmente la p. 59 para eate tipo de causa histórica.

• "Puritans and Victorians", en *Victorian Essays* (1962)

p. 62.

se trate de que hay algo que hacer. Los historiadores, como hemos visto, se inclinan a mirarlo con recelo, en parte a causa de su confusión general acerca de lo que es una causa, y en parte porque los seduce la teoría de la historia científica para pensar que siempre es erróneo interpretar la historia en términos de propósitos concebidos y realizados. Pero una cosa es pensar, como se supo ne que lo hicieron los historiadores *whig*, que la historia se encamina hacia determinado resultado, y otra muy distinta presentarla como una serie de problemas afrontados por diferentes agentes. Mi tesis es ahora que el sentido de "causa" como condición necesaria está ligado al segundo de esos procederes.

He expresado todo esto de una manera muy esquemática, mas espero que las cuestiones sean bastante claras y sólidas para los propósitos del paso siguiente en la argumentación, que es sugerir que ahora estamos en situación de describir una forma de historia en la que no habría problemas reales sobre la causalidad histórica.

Supongamos en primer lugar que la historia podría considerarse, a la manera que llamaré tucidideana,¹⁵ exclusivamente interesada en los hechos y sufrimientos de individuos o grupos de individuos: Pericles, Cleón, "los lacedemonios", etc. Supongamos después que, al asignar causas del tipo de condición necesaria, el historiador iba siempre a declarar, o a aclarar de otra manera, desde qué punto de vista hablaba, y a exponer llanamente los fines por los que se interesaba. Supongamos finalmente que se reconocían como pertinentes para la investigación histórica los tres tipos de causas mencionados, que se advertía claramente su compatibilidad, y que no se admitía ningún otro tipo de cuestión causal en este campo. Entonces, en mi opinión,

¹⁵ Siguiendo en esto la sugerencia de Oakeshott (véase la cita twpra, p. 235). Tucídides en realidad tiene otros personajes además de tos individuos y los grupos, por ejemplo, "el pueblo". Y otros historiadores antiguos, aunque se acercan de otro modo al modelo esbozado aquí, introducen otros factores exteriores, como el "elemento divino" y el "Destino".

no habría ya dificultad de principio en la solución de problemas sobre hechos históricos. Porque admito, en primer lugar, que a veces podemos hacer en historia asertos verdaderos del tipo de que puede servir de ejemplo "Sus reproches decidieron al ministro a hacer un intento más", es decir, que podemos asignar causas en el primer sentido de Collingwood. El hecho de que no podamos interrogar a los personajes históricos sobre sus motivos no nos impide en todos los casos determinar lo que fueron; sólo hace más difícil la tarea, primándonos de una fuente de pruebas o testimonios. Ni pienso, en segundo lugar, que haya más problemas en elegir causas del tipo de condición necesaria en historia que en la vida cotidiana. Para convencernos tenemos, reconocidamente, que aclarar nuestra actitud ante la materia sobre los lineamientos ya señalados; no podemos suponer que nuestro punto de vista y nuestros intereses sean inmediatamente reconocidos, como lo son, por ejemplo, los de un carro mecánico en el caso paralelo. Pero si damos algunos pasos para satisfacer esta condición la única dificultad restante será si tenemos pruebas suficientes para hacer un enunciado causal, que es precisamente el problema que encontramos cuando tratamos de dar los hechos escuetos de lo que sucedió. Finalmente, determinar la eficacia de factores causales y fijar con ello responsabilidades es algo que puede hacerse bien o mal en historia lo mismo que fuera de ella. Y no es eso cosa fácil de hacer en ninguna circunstancia, ya que el proceso implica una actividad de aislamiento y con él un paso de lo particular a lo general, en lo que facilísimamente se cometen también errores. Y en el caso de la historia no puede tratarse, evidentemente, de eliminar un factor para decidir cuál fue su influencia: la única clase de experimento que puede realizarse es un experimento en la imaginación. Pero esto no es una peculiaridad exclusiva de la historia, pues hay muchas ocasiones en nuestras vidas diarias en que el experimento no es posible, pero en las que, sin embargo, nos pronunciamos confiadamente sobre la eficacia causal comparada. Por

ejemplo, no fue posible en 1947 separar a Attlee de la política activa para juzgar el efecto sobre su Partido. Pero de un observador sagaz que hubiera dicho entonces que .sin Attlee para mantener unido el Partido Laborista, éste se dividiría en grupos mutuamente hostiles, podría pensarse ahora que había dicho la verdad.

Si alguien preguntase la causa *real* de un acontecimiento histórico en esta forma simplificada de historia, la contestación apropiada sería que no había ninguna causa fuera de las diversas causas dadas, todas las cuales eran necesarias, y que ninguna de ellas se oponía a ninguna otra. Sin duda que el trabajo del diagnóstico y de la valoración causales podría hacerse con más o menos detalle, de donde resulta que una interpretación menos adecuada podría a veces ser sustituida por otra más adecuada. Pero como el propósito último es reconstruir y explicar las situaciones descritas como las vieron los agentes individuales, podría en principio llegarse a un punto en el que se supusiera que la respuesta a cada uno de los tipos de pregunta va se había logrado, y en esas circunstancias sería manifiestamente absurdo pedir otra respuesta.

Compárese ahora la situación en la historia tal como la tenemos. Según yo lo veo, hay dos aspectos principales en los que la historia refinada del tiempo presente se diferencia de la historia primitiva de que nos hemos ocupado, y los dos tienen una relación evidente con el asunto de la causalidad histórica.

En primer lugar, en la historia avanzada, en cuanto opuesta a la primitiva, nos ocupamos en mucho más que los hechos y sufrimientos de individuos y de grupos considerados como agregados de individuos, aunque unos y otros sigan desempeñando un gran papel en la escena histórica. Lo mismo que las naciones y las regiones, presentadas ahora con un solo nombre —“Inglaterra”, “Europa”, etcétera—, como si tuviesen una vida, un carácter y hasta intenciones propias, entran en nuestras historias instituciones y organizaciones de innumerables tipos: el orden senatorial, la Compañía de la India

oriental, el régimen feudal, la Iglesia medieval, pueden servir de selección representativa. Las *dramatis personae* de la historia son hoy, en consecuencia, mucho más numerosas e inmensamente más diversificadas que las de la historia de tipo tucidideano.

En segundo lugar, esas complicaciones se relacionan con un cambio más profundo que hace totalmente inadecuado para el historiador moderno el empobrecido aparato causal descrito arriba. Se montó ese aparato sobre el supuesto de que en historia cierto número de seres humanos individuales hicieron planes, ejercieron presión unos sobre otros y fueron refrenados o favorecidos por circunstancias que muy bien pudieron haber sido otras. Ningún análisis verdadero de las causas operantes fue exigido en aquel nivel, como observó Oakeshott; no se creyó necesario inquirir detrás de las decisiones de los individuos para explicar los caminos históricos. La idea era reconstruir el pasado tal como se presentó a los correspondientes agentes y dar las causas tal como dios las vieron. Pero las ambiciones de los historiadores ciertamente van más allá de eso. Un estudioso profesional de la historia que aborda algún asunto perennemente interesante, como la revolución puritana de la guerra civil norteamericana, esperará hacer algo más que dar otro relato de los principales acontecimientos, juntamente con la exposición de sus causas tal como las vieron personas que vivieron entonces. Esperará señalar y exponer la acción de fuerzas cuya importancia muy bien puede haber sido inadvertida, o por lo menos insuficientemente apreciada, por aquellos en cuyas vidas intervinieron, y de este modo ofrecer un análisis de los factores que hicieron que las cosas ocurrieran de aquella manera. Las fuerzas en cuestión son, por ejemplo, las desarrolladas por las condiciones políticas o económicas más o menos permanentes en que actuaron los hombres en el período investigado, y la justificación de introducirlas hay que buscarla en la idea de que esas fuerzas influyen manifiestamente en lo que hacen los hombres, aunque sólo sea restringiendo el campo de las elecciones

que se abre ante ellos. Pero hay otro aspecto de la materia de gran importancia en este respecto. Lo mismo que son limitadas por el ambiente en que actúan, las actividades de los seres humanos deben muchas de sus características especiales al hecho de que son actividades sociales, emprendidas no por individuos que actúan aisladamente, sino por seres que son miembros de organizaciones de todo grado de complicación, cuya naturaleza toman aquéllos en su mayor parte por cosa sabida (es raro que alguna vez sean modificables por decisiones *individuales*) y cuya acción parece con frecuencia desarrollarse según una lógica propia suya. Los historiadores modernos se diferencian de sus predecesores menos complicados entre otras cosas por ser mucho más conscientes de la dimensión social de la acción. Han captado el hecho sumamente importante de que los hombres aparecen en la escena de la historia en diversidad de papeles, y que lo que, por ejemplo, hacen como príncipes de la Iglesia, oficiales del ejército revolucionario o miembros de las clases adineradas, no lo eligen ellos completamente por su cuenta, sino que está determinado, con frecuencia en medida muy importante, en parte por modos de actuar comúnmente admitidos, en parte por lo que hacen o se espera que hagan otros dedicados a aquella actividad. Y se dan cuenta de que ningún trabajo de exégesis histórica puede pretender ser adecuado si no hace justicia a esos hechos.

Pero aunque los historiadores modernos son sensibles a la acción en la historia de fuerzas que sus predecesores casi ignoraron por completo, no puede decirse que tengan ideas muy claras sobre la clase de causas que son esas fuerzas. Como vimos al comienzo, algunos de ellos se "sienten inquietos acerca de las relaciones entre las partes de la historia en que se hace referencia a cosas como estructura social y aspiraciones nacionales y las partes escritas con referencia a las acciones de individuos. Otros se sienten infelices ante la idea de la invocación por los historiadores de factores impersonales como causas históricas, basándose en que esto cede el paso a la ciencia social y a la

vez implica una entrega al determinismo que es completamente extraña a la actitud histórica normal. Ni cuando se concede que el historiador debe apelar a otras especies de causas que las que funcionan en un nivel personal hay acuerdo en cuanto a la valoración de los propósitos de presentar correctamente dichas causas. En suma, todas las perplejidades importantes sobre causalidad histórica, excepto las que se deben a la aceptación sin crítica de la idea de historia científica, están conectadas con la aspiración del historiador moderno a ofrecer análisis más profundos del curso de los acontecimientos que los intentados por los historiadores tradicionales. Es evidentemente necesario un estudio completo de este proceder si han de resolverse alguna vez dichas perplejidades.

En lo que resta de este ensayo no puedo aportar a ese estudio más que algunas notas preliminares. Quiero decir, en primer lugar, que hablar de la historia como si le diesen forma necesidades económicas o la determinase la estructura social no es necesariamente excluir su interpretación en relación con personalidades. Las causas generales de la primera clase debieran ser consideradas normalmente suplementarias de causas particulares, y no como excluyéndolas. Que esto es así podemos verlo con un ejemplo. Si a un estudioso de la historia reciente se le señalase la tarea de explicar la decadencia y virtual desaparición del Partido Liberal en Inglaterra entre las dos guerras, esperaríamos que diría algo sobre el sistema electoral del país, que hizo difícil, si no imposible, la supervivencia para más de dos partidos, y también sobre el duro clima económico del tiempo, que impulsó a los electores a compartir su suerte ya con el partido comprometido a conservar las existentes relaciones de propiedad, ya con el partido cuyo objeto era modificarlas radicalmente. Aun podríamos oírle decir que, en estas condiciones, fue inevitable la eliminación de los liberales como fuerza política seria. Pero esto no significaría que omitiese toda referencia a personas en su exposición. Entrarían en su historia Lloyd George y Asquith como entrarían en

una época histórica menos sofisticada; hasta podrían llenar el primer plano como lo llenaron Pericles y Cleón en las páginas de Tucídides. La diferencia sería que nosotros veríamos, como no lo vemos en Tucídides, que tales personas no son los agentes totalmente independientes que en general ellas mismas se creen; veríamos que esos dos hombres en particular tuvieron que actuar sobre una urdimbre que ellos no eligieron, ni en realidad la eligió ninguna persona sola, y cuya existencia misma les impidió alcanzar muchos de los fines que se habían señalado. Pero al hacer así referencia al ambiente de la acción el historiador revelaría condiciones perdurables que modelaron el curso de los acontecimientos de maneras importantes. Pero no diría que fueron los únicos responsables de lo que ocurrió, pues evidentemente actuaron no como causas eficientes, sino sólo como causas formales.

No quiero negar que una percepción clara de la importancia del tipo de factor causal que tengo en las mentes produciría el efecto de reducir nuestra estimación de la importancia de los individuos en la historia. Como yo la veo, esa reducción es claramente necesaria: hemos considerado durante demasiado tiempo las acciones individuales aparte del ambiente en que tuvieron lugar, y más particularmente del ambiente social. Pero sería completamente erróneo creer que esto implica la entrega al determinismo histórico. Decir que el hecho de que las clases obreras estuvieran entonces relativamente bien organizadas en la esfera industrial impidió el regreso de los liberales en 1929 no es afirmar que nacen la historia “vastas fuerzas impersonales”, para usar la famosa frase de Sir Isaiah Berlín. Lo objetable en esas fuerzas es, probablemente, que ningún ser humano puede hacer nada respecto de ellas: actúan, queramos o no, con la necesidad supuestamente ineluctable de la ley de la gravedad. Pero aunque los sindicatos no fueron creados ni pueden ser destruidos por individuos solos, y aunque una vez creados funcionan independientemente de las personas, por cuanto su misma estructura y

organización dicta su *modo* modificarlos el esfuerzo humano, aun cuando ese esfuerzo haya llegado a ser colectivo. Ni es verdad tampoco que su existencia quite a los afectados *toda* libertad de elección, aunque puede suprimir precisamente las libertades particulares que algunos hombres querrían tener: la libertad de tomar o despedir trabajadores a voluntad, por ejemplo, o pagarles justamente lo suficiente para tenerlos por encima del nivel de inanición.

Esta exposición aún puede ser vista con recelo, especialmente por los historiadores del tipo más conservador, a causa de lo que en ella se dice sobre instituciones que funcionan con una lógica propia: la implicación aparente es que funcionan en virtud de poseer un *tipo* particular de estructura, del cual puede pedirse razonablemente algún conocimiento general a las personas que refieren las cosas a él. Esto es hacer que la historia dependa de las conclusiones de las ciencias sociales, cuando que muchos historiadores piensan que, lejos de ser necesarias para su trabajo, esas conclusiones no tienen la menor relación con él. Acerca de esto tengo dos comentarios que hacer. En primer lugar, que la implicación mencionada arriba no es en realidad una implicación clara: los historiadores podrían, si lo prefiriesen, seguir pensando en relación con casos particulares y conseguir la generalidad necesaria teniendo siempre presente muchos casos análogos. Entonces serían, y de hecho quizá lo son la mayoría, como médicos con mucha experiencia pero sin conocimientos teóricos. Pero, en segundo lugar, creo que el recelo de los historiadores hacia la teoría ha sido llevada a términos absurdos y que depende, en parte al menos, de ideas erróneas sobre lo que puede proporcionar la teoría. No debemos pedir a las ciencias sociales (o ni siquiera a las ciencias físicas) que nos provean de verdades- generales que se apliquen inequívocamente a todo caso concreto que se presente, ni,, debemos desecharlas por inútiles si no llenan este requisito. Un estudio de esta clase puede ser instructivo aun cuando, y en realidad precisamente por ello, prescinda de las circunstancias reales y tenga en cuenta sólo lo

que ocurre en casos “puros”. Los resultados de tal estudio no pueden ser aplicables inmediatamente, pero eso no quiere decir que sean absolutamente inaplicables. Y que pueden tener aplicación aun en la esfera de la historia lo demuestra el hecho de que los historiadores de la economía han podido hacer uso de las conclusiones de la economía pura, disciplina abstracta si alguna vez la hubo.

Hasta ahora no he dicho nada sobre la cuestión relativa a cómo hemos de elegir entre exposiciones históricas del complicado tipo moderno que citan diferentes clases de factores ambientales, o que subrayan de diferentes modos los factores que aducen. Éste es, en mi opinión, el más difícil con mucho de los problemas acerca de la causalidad histórica con que inicié este estudio, y me temo que pueda hacer muy poco para resolverlo ahora. Me inclino a pensar que si los historiadores estuvieran más familiarizados con las teorías de donde toman sus conceptos analíticos podrían resultar en la práctica más seguros y más hábiles en su manejo, y en consecuencia elegirían mejor entre diferentes exposiciones. El estudio teórico podría por lo menos aguzar la penetración en las interconexiones de ese conjunto de ideas, y al hacerlo permitir al historiador apreciar su propia fuerza explicativa. Pero también quiero indicar que parte de la dificultad con que aquí se tropieza, como ocurrió con los tipos más primitivos de causalidad histórica que estudiamos anteriormente, puede proceder de la persistencia de la idea de que la historia sólo es respetable si no está escrita desde un determinado punto de vista. La respuesta al individuo que se pregunta si el modo correcto de ver la historia europea del siglo xix es a través de las aspiraciones nacionales, o de las necesidades económicas, muy bien podría ser pedirle que declare sus intereses. En otras palabras, las dos clases de historia muy bien podrían ser complementarias y no mutuamente excluyentes. Hasta ahora a los historiadores quizá les ha impedido aceptar esta línea su adhesión a la idea de historia general, idea ampliamente aceptada pero que, de todos modos, parece exigir un examen crítico. Y espero que se me perdone

si no emprendo ahora dicho examen.